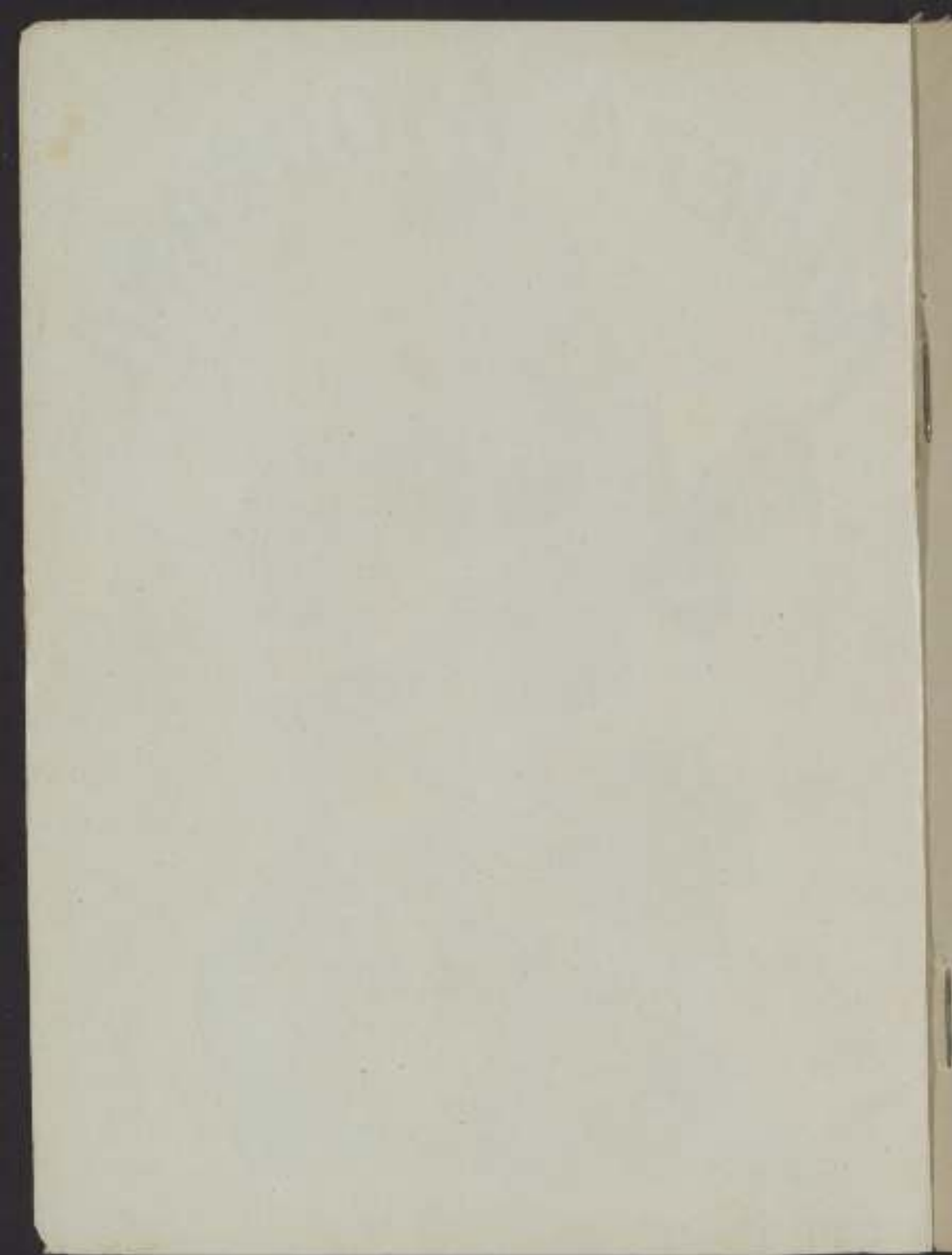


NIÑERA MODERNA



ROBERT YOUNG · MAUREEN O'HARA · CLIFTON WEBB



Curso 10

18E

parte/line

25516

NIÑERA MODERNA

NIJERA MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

NINERA MODERNA (1928)

Divertidísima comedia, según argumento de

GWEN DAVENPORT

Guión de

F. HUGH HERBERT

Productor

SAMUEL G. ENGEL

Director

WALTER LANG

Es un film

TWENTIETH CENTURY FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM S. A. E.

PRINCIPALES INTERPRETES

Robert Young — Maureen O'Hara — Clifton Webb

Richard Hayden — Louise Allbritton

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Niñera moderna

ARGUMENTO DE LA PELICULA

HUMMINGBIRD HILL

El taxista detuvo su auto y miró desorientado guesha arriba. (Hummingbird Hill) (Vaya un nombre para aquel barrio de simpáticas y lujosas quintas!). Suspiró, envidiando a sus habitantes, y embrogó de nuevo, conduciendo el coche hacia un jardín, en el que un hombre, extravagantemente vestido, se entregaba a la extravagante operación de hacer cosquillas a unos lirios con una pluma de ganso.

—Trato de encontrar el 21 de Carver Lane —explicó el taxista al hombre de la pluma—. Pidieron un taxi por teléfono.

—¿Hay alguien que se va? —preguntó el de la pluma sin incorporarse.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —

gruñó el chofer—. Han pedido un taxi. ¿Usted sabe dónde está?

—Lo sé —afirmó el de la pluma—. Usted continúe y, volviendo a la izquierda en la primera calle, es la cuarta de la derecha.

Agradeció el taxista el informe y se apartó del hombre de la pluma, que, en cucullas, continuaba hurgando delicadamente el interior de las flores. La curiosidad venció y el chofer, volvió junto al personaje.

—Oiga. ¿Podría decirme lo que hace con esa pluma? —investigó.

—Estoy cruzando dos especies de la familia de las iridáceas —contestó el de la pluma con un aire virtuoso no muy lógico en aquel momento.

—Hable claro — le suplicó el taxista.

—Estoy tratando de producir un nuevo tipo de iris. Un producto mío.

—¡No diga! ¿Lo mismo que si cruzara perros cocker y policía?

—El principio, puede creerlo o no, es idéntico.

El taxista, colmada su sed de información, se alejó. El de la pluma continuó trasladando polen de una flor a otra, sólo por unos segundos. Una voz trompeteante le llamó —¡Clarence!— desde una ventana. La dama imperiosa, que ocupaba una silla de ruedas, era la autora de sus días. Clarence, a fuer de buen-hijo, se acercó a ella a paso de carga.

—¿Qué quería ese taxista preguntón? — indagó la anciana.

Clarence se lo expuso con breves palabras. Su madre se intrigó:

—¿Para qué querrán un taxi los Harry King, hijo mío?

—No lo sé, madre — se excusó Clarence, avergonzado de su ignorancia.

—¡Vaya! ¿Por qué no se lo preguntaste?

—Ya lo hice, pero tampoco lo sabe, madre.

—¡Ah! ¡Tú nunca te enteras de nada!

Delido de este injusto reprocho, Clarence fué a disipar su amargura continuando su papel de primavera artificial, mientras su madre — señora Appleton — rechazaba con energía un vaso de leche caliente y ordenaba a la criada que la trasladase a otra ventana, desde la cual, ayudada de unos poderosos prismáticos, vió descender el taxi hacia el hogar de los King.

Saltó el taxista del coche y comprobó de una mirada el número del edificio y lo agradable de éste. Luego, con el valor que presta la ignorancia, fué a llamar a la puerta. Recibió entonces un terrible susto, comparado con el cual el sobresalto de su último accidente resultaba una bicoca. Un enorme perro danés le saltó amistosamente al cuello, en tanto que dos hermosos chiquillos, de ocho y cinco años, intentaban tranquilizarle.

—¡Es el guardián! — aclaró Tony, el niño de cinco años —. Tiene que morder a los desconocidos.

—No se asuste. No le hará nada — aseguró Larry, el de ocho.

—¿Qué pasa? ¿No le gustan los perros?

Al taxista le faltaba un diccio-

nario para poder expresar su estado de ánimo. Acusadoramente observado por los niños y el perro, se atrevió a pulsar el timbre. Un agudo chillido fué la respuesta. Abrióse la puerta y una joven y bella mujer morena, arrastrando de la mano a un chiquillo de un año y medio, que lloraba con un vigor desproporcionado a su tamaño, apareció en el umbral. El vestibulo de la casa, según vislumbró el taxista, semejava el almacén de un trapero.

—El taxi que ha pedido, señora — anunció el chofer, sobreponiéndose a las emociones que, por todas partes, le asallaban.

—Lo siento, pero debe de ser una equivocación — replicó la señora King, tapando la boca a Roddy, su último retoño.

—No hay tal equivocación, señora King. Yo lo he pedido para mí.

—Quien tal dijo, con decisión casi horripilante, era una mujer ya canosa, cuyo sombrero bastaba para indícarle su desdén por la moda actual. Llevaba dos grandes maletas, que dejó caer con estruendo en el porche. La joven y hermosa señora King se apartó consternada un me-

chón de pelo de los ojos, y suspiró:

—¡Vaya, señora Maypole! ¡No acabo de entender...!

—No tiene que entender nada. Que me voy. ¡Estoy harta! ¡Y eso es todo!

—Pero... pero, ¿qué dice? ¡Usted no puede marcharse así!

—¡Eso es lo que usted cree!

El taxista había estado mirando sucesivamente a ambas mujeres. Sus simpatías estaban de parte de la señora King, tal es el poder de la belleza; pero intuía que la razón estaba a favor de la Maypole. Y creyó diplomático intervenir. Cogiendo las maletas, preguntó a Maypole:

—¿Quiere que las meta en el coche?

—Sí, si le dejan hacerlo estos chicos y este espantoso perro...

El taxista lo intentó y pudo llegar sin estorbos al vehículo. Mientras tanto, Tacey King no salía de su asombro.

—Bien, señora Maypole... No sé qué la habrá molestado, pero...

—No lo sabe, ¿eh? —dijo Maypole con dureza—. Bueno, se lo diré yo. Lo que me han molestado son sus hijos y este perro horrible. ¿Molestado? ¡Me han vuelto

local! Nunca volveré a colocarme donde tengan niños o perros, créame.

—Ya tenía los tres niños y el perro, señora Maypole, cuando vino —se amostazó Tacey King—. No puede usted decir que se los oculte.

Esta era una verdad abrumadora, que ni Maypole podía negar.

—Ya lo sé —convino la criada dimisionaria—. Pero no quiero aguantarlos más. Buenos días, señora King. Mándeme por correo los dos días que me restan.

Tacey contempló tristemente la partida de su ex-aliada en materias domésticas. Se sentía humillada y desvalida. Cerró la puerta y se desplomó tristemente en un sillón, donde sus hijos la rodearon y expresaron francamente sus opiniones sobre la desertora.

—No te apures, mamá —aconsejó Larry—. Era de lo más pesado.

—Ni siquiera sabía cocinar —arguyó Tony—. Tú lo haces mucho mejor, mamá.

Tacey sonrió de mala gana a estos consuelos, miró en torno suyo, vio la casa sucia, los muebles mal puestos, juguetes por todas partes, y empujó finalmente el teléfono.

Harry King era un apuesto y joven abogado, afecto al bufete del señor Hammond. En el momento en que su esposa marcaba un número, estaba discutiendo ciertos asuntos legales con su compañero y amigo íntimo el abogado Bill Philby. Un aviso de la telefonista interrumpió su conversación y Harry se puso al aparato.

—¡Hola, cariño! —saludó—. El señor Hammond quiere que vayamos... ¿Qué? ¿Que no...? ¡Maldita vieja!

Miró consternado a su amigo y le explicó:

—La criada se ha ido —y dijo a su esposa—: No, es Bill; puedes hablar... ¿qué?

—He dicho que estoy contenta de que se haya marchado —repitió Tacey—. No hacía más que beber cerveza... ¿Qué? ¿Esta noche? ¿Cómo le arreglo? ¿Quién se quedará con los niños?

—Tendrás que buscar una nueva niñera —aseguró Harry—. Ya te he dicho que el señor Hammond quiere que tú y yo, y Bill y Edna, vayamos a cenar esta noche... No lo sé... Sí.

—Dile que Edna tampoco quería, pero que buscará quien se quede con los niños —recomendóle Bill.

—Pero yo... Nena, ahora no puedo disculpar —respondió Harry, frunciendo el ceño—. Me voy a un juicio, te veré más tarde... Y busca la niñera.

Tacey cortó la comunicación, prometiéndole que lo haría, pero segura de no tener éxito. Un chiquillo le hizo volver la cabeza. Roddy se había subido en un sillón y arrancado de su maceta un cacto. Como el cacto estaba erizado de púas...

—Oh Roddy! ¡Por el amor de Dios! —gimió Tacey desesperada.

Aquella tarde, Harry hizo describir una graciosa curva a su coche por el jardín y lo detuvo matemáticamente delante del garaje, en el que Larry y Tony se habían parapetado para jugar a "indios". Saludaron a su padre con la formalidad de colonos a punto de perecer bajo las flechas de los pieles rojas y Harry se inclinó para recoger los paquetes colocados en el interior del automóvil.

El perro, en un espontáneo arranque de afecto, se lanzó sobre él, haciéndole dar de brucez contra el asiento. Los niños rieron y se pusieron graves al ver la cara de Harry. Muy extrañado, Larry preguntó:

—¿No te ha gustado esto, papá?

—¿Es que no podéis enseñar a este budy a que no salte sobre la gente? —se enfadó Harry.

—Es que se alegra de verte —aclaró Tony.

—Se alegra de ver a todo el mundo —replicó Harry.

Se dirigió hacia la casa, con los brazos cargados de paquetes, que despertaron la infantil y glotona ansiedad de los chiquillos.

—¿Que trae aquí? —inquirió Larry.

—Un helado —dijo Harry, ya calmado.

Los chiquillos lanzaron unos cuantos vivas que hicieron reír a su padre y después emprendieron la persecución del perro, quien a su vez perseguía frenéticamente a un gato. Harry entró en la cocina. Tacey estaba preparando la cena y le saludó lacónicamente.

—He traído todo lo que has pedido —anunció Harry—. Helado de fresas, galletas de chocolate, gingerale, queso de Chester... ¿Está bien?

—Gracias, Harry.

Su esposo la cogió por los hombros y la obligó a mirarle, regañándola:

—Oiga, señora. Cuando su espo-

so entra en casa, se le da un beso.

—Has escogido un buen momento para bromear! —le regañó Tacey, besándole sin embargo.

—¡Bah, no te apures, cariño! Ya encontrarás otra muchacha.

—No. Ni pienso buscarla siquiera. Esa Maypole fué una horrible extravagancia. Ahora no podemos permitirnos ese lujo, a no ser que te hayan subido el sueldo. ¿Es así?

—No —confesó Harry, alegremente—. Pero el hecho de que el jefe nos invite a su casa a cenar, es una buena señal. ¿Encontraste la niñera?

—Todavía no, a pesar de que he telefonado por lo menos a quince de ellas.

—Bueno, aún nos queda tiempo —respondió Harry con masculina suficiencia—. Yo buscaré mientras das de comer a los chicos.

—¡Ojalá tengas más suerte que yo! —deseó Tacey con fervor no exento de ironía.

Una vez los niños hubieron cenado y estuvieron preparados para pasar la noche, los esposos King se pusieron los trajes de etiqueta. Tacey creía que el cambio de indumentaria era inútil. Y no iba descaminada. Harry, a medio vestir, malgastaba en vano sus dotes

oratorias y su simpatía para convencer a alguien que se hiciera cargo de sus terribles chiquillos. Había telefonado ya a veinte números distintos.

—¿No crees que sería mejor llamar al señor Hammond y decirle que no encuentras a nadie? —propuso Tacey, tumbándose en la cama, a su lado.

—¿Y que se ponga furioso por no aceptar su invitación? —se asustó Harry.

—¿Y por qué no? Cuanto antes empieces a demostrar carácter y a no dejar que el señor Hammond te trate a paladas, será mucho mejor.

Harry lanzó un suspiro de cansancio y respondió:

—Oye, amor mío, por última vez. Es muy difícil abrir un nuevo bufete. No es tan sencillo. Hay que abrirse camino poquito a poco, y la única manera de hacerlo es con un abogado de crédito. Tú sabes que tengo razón, ¿verdad?

—Ya sé que eres bastante más listo de lo que el señor Hammond se figura.

—Gracias.

Después de acariciar el rostro de su esposa, se volvió hacia el teléfono y continuó su estéril bús-

queda. La fama de que gozaban sus hijos asustaba al más valiente. Harry no quería declararse vencido. Tacey ya estaba arreglada y le sonreía irónicamente.

—En fin, podemos llamar a Ginger — propuso Harry, tímidamente.

—¡Eso sí que no! — protestó Tacey.

—¿Cómo? ¿Por qué no a Ginger?

—Mira, en primer lugar es una tonta y, en segundo lugar, tiene una estúpida debilidad por ti.

—Calla, mujer, ¿quieres? — dijo Harry, entre confuso y halagado.

—No te hagas el inocente — le acusó Tacey—. La última vez que vino, estuvo comiéndote con los ojos en mi presencia.

—Ya sabes que soy irresistible para las mujeres — se burló Harry.

—Ya lo he notado, hijo.

—Bueno, está bien — se resignó Harry, empezando a quitarse el "smoking".

—Como quieras. Anda, llámala — accedió Tacey—. Empiezo a creer que eres tú quien siente debilidad por ella.

—¡Si tiene dieciséis años! — exclamó Harry, indignado.

Minutos después, se hallaba en el automóvil con Ginger, una jovencita ultramoderna, casquivana y bastante linda, que no ocultaba su inclinación por él. Declaró con vehemencia que le gustaba cuidar a los niños.

—¿Qué suerte para nosotros! — exclamó Harry.

—¿Sabe? Esta noche me han llamado otras personas — afirmó Ginger, acomodándose contra el hombro de Harry—. Pero les dije a todos que no, porque esperaba y deseaba que me llamara usted... ¡Cielos! ¡Qué bien está de "smoking"!... Me he pintado ahora mismo las uñas. ¿Están bien, señor King?

Harry no tuvo otro remedio que dar su aprobación para que callase. Pero Ginger le acercó un pañuelo a la nariz y prosiguió diciendo:

—También tengo un perfume nuevo. Se llama "Nuit d'amour". Es francés. Significa "noche de amor". ¿Le gusta?

Sonrió Harry ante el descarado coqueteo de la chiquilla y respondió paternalmente:

—Sí... Es fuerte.

Llegados a la casa de los King, Tacey dio sus últimas instruccio-

nes a Ginger, conteniendo sus ganas de abofetearla cada vez que clavaba una fogosa mirada en Harry. Luego se despidieron. Ginger estrechó largamente la mano de Harry y exclamó:

—¿No les importará que llame a alguien por teléfono? Se aburre una estando sola.

—Está bien, Ginger —accedió Tacey—, pero, por favor, no te pases la noche al teléfono. Y acuérdate de que los niños están dormidos.

Cuando estuvieron en el porche, Tacey se puso los guantes, lanzó una mirada de soslayo a Harry, que buscaba la llave del automóvil, y le espetó:

—Es graciosa, ¿Estás seguro de que no te gustaría quedarte a charlar con ella?

—Bueno, ¿a qué viene esto ahora? —protestó Harry, asombrado.

—Es el perfume de Ginger. Hace salir el monstruo a la superficie.

—¡Basta! —ordenó Harry, pero hubo de reírse.

La velada en casa de los Hammond no fué, precisamente, un darroche de diversión. En un momento en que los dueños de la casa dejaron a solas a sus invitados, mientras Harry contaba los puntos

de la partida de "bridge", Bill comentó, ahogando un bostezo:

—Si hubiéramos tenido un poco más de alcohol esta noche y menos cartas...

—Sí, hubiera sido esto mucho menos aburrido —convino Edna, su esposa, una elegante joven, de rostro risueño y atractivo.

—Edna, callate —la sermonizó en broma Tacey—. Debemos estar contentos de que los Hammond nos hayan invitado.

Harry miró alarmado hacia la puerta de la sala y ordenó en voz baja:

—¡Vamos, a callar!

Les explicó que los Hammond perdían cinco dólares en el juego y decidieron declarar que sus aflicciones habían ganado en vista de un posible ascenso. Charlaron de cosas indiferentes hasta que regresaron los Hammond con café y hacadillos.

—¿Qué, Harry? ¿Ha hecho la liquidación? —preguntó el corpulento y vanidoso Hammond—. ¿Cómo hemos salido?

—Muy bien, señor —le informó Harry—. Usted y su esposa son los únicos ganadores. Cinco dólares veinte centavos.

—¡Ajá! Ya lo ve usted: concen-

tracción y memoria —se vanaglorió Hammond y añadió, refiriéndose a los jóvenes—: cualidades que ustedes dos deben tratar de adquirir.

Los invitados ocultaron una sonrisa y Harry aclaró:

—Ha ganado un dólar veinte de nosotros y cuatro dólares de los Phibby.

Edna y Bill prefirieron no protestar y pagaron su "pérdida". Los Hammond recogieron encantados el dinero y aseguraron que era la primera vez que no perdían en el juego. Sonó el timbre de la puerta y Hammond fué a abrirla, mientras su esposa atendía a sus invitados.

El inoportuno era Clarence, el ferviente cultivador de iris.

—Comprendo que es un poco tarde para hacer visitas —se excusó—, pero he encontrado una carta en mi buzón que era para usted, Horacio, y como casualmente pasaba por aquí...

Diciendo esto, Clarence se ponía de puntillas y procuraba ver quiénes eran los de la reunión. Sin dejar de hablar, a pesar de los esfuerzos de Hammond, se fué deslizando hacia la sala, en cuyo umbral se paró para saludar a los

presentes. Después, sacó un sobre rasgado y agregó:

—Aquí la tiene. No comprendo cómo el cartero ha podido ser tan descuidado. ¡Cuánto lo siento! He abierto la carta antes de darme cuenta... Claro que no la he leído.

La expresión de Hammond indicaba que estaba seguro de lo contrario, pues si había un individuo en Hummingbird Hill que se metiese en lo que no le importaba —y todos lo hacían—, ése era Clarence Appleton, cultivador de iris.

La carta era, en realidad, una circular. De todos modos, Hammond hubiera querido estrangular al entrometido, pero, ya que no podía hacerlo, pues era un abogado y sabía el alcance de la ley, le invitó a tomar una taza de café, que su esposa hacía con menos arte que entusiasmo.

Clarence tomó asiento entre los jóvenes y se sirvió seis terrones de azúcar. Harry, de naturaleza cordial, se interesó por algo que no le interesaba:

—¿Y qué tal van sus pequeños iris este año, Appleton?

Clarence asió y respondió, untuosamente, cambiando el rumbo de la conversación:

—He de confesar que me ha sor-

prendido encontrarles a ustedes aquí, señor King.

—¿Por qué? — se sorprendió Tacey.

—He pasado por su casa y estaba convencido de que estaban ustedes en su fiesta.

—¿Fiesta? — exclamó Tacey mirando a su esposo, que se puso en pie.

—¡Ya lo creo! — asovó Clarence—. La casa estaba con todas las luces encendidas y se podía oír la música desde la calle. Y, cuando papá por delante, vi bailar a sus invitados.

—¿Papá y tu Ginger? — masculló Tacey al oído de su marido.

Si alguna virtud tenía Clarence era la de que todas sus informaciones resultaban ciertas. Harry y Tacey se detuvieron en el vestíbulo de su casa, ensordecidos por la radio, puesta a toda fuerza, contemplando la transformación que había sufrido su sala y a los seres que se agitaban en ella como poseídos por una potencia de origen atómico.

Ginger y cinco muchachos de su edad, entre chicos y chicas, estaban haciendo una exhibición de la manera que no han de bailar

las personas mayores de veinte años.

El asombro paralizó a los King y no tardó en hacer lo mismo con los acrobáticos bailarines. Uno de ellos cerró la radio y un silencio sepulcral se estableció en la casa. El ambiente era helado. Incluso Ginger lo notó.

—No... no pensábamos que vieran tan pronto.

—Así parece — respondió asperamente Tacey.

—¡Hola, papá!

Los tres niños estaban apoyados en la barandilla, en pijama, observando muy divertidos el desenlace de la diversión. Tony añadió a modo de explicación de su presencia en la escalera:

—Estamos viéndoles bailar.

Harry les mandó a la cama y Tacey se interesó por el estado mental de Ginger, que dejaba mucho que desear en vista de lo sucedido. Ginger ahuecó su cuerpucillo — se enfrentaban la amante y la esposa — y replicó:

—Señora King, espero que no se enfade por haber invitado a unos cuantos amigos. Una persona sola, sin hacer nada en toda la noche, se aburre. Comprendalo usted.

—Si yo fuera tu madre (¡el cielo no lo permita!), haría que te fuese muy doloroso el sentarte durante varios días — declaró Tacey, subiendo al piso.

Ginger tragó saliva y se encaró con Harry en busca de amparo, pero su ídolo compartía la opinión de su mujer y, en términos claros y concretos, mandó a la chica que despidiese a sus amigos. Ginger le

obedeció y estrechó con amorosa languidez y ardiente simpatía la mano de Harry, condoliéndose:

—¡Cielos! Señor King, si que lo siento perusted... Tiene muy mal genio su señora; muy malo, ¿no cree?

Harry estimó necesario correr escaleras arriba para no destrozar el corazón de su adoradora con la carcajada que brotaba de su boca.

En el momento en que se disponía a bajar, se detuvo al oír el ruido de las puertas que se abrían y cerraban en los pasillos. Se volvió a mirar hacia abajo y vio a una mujer que se acercaba a él. Era la misma mujer que había estado con él en la noche anterior. Ella le miró con una expresión de tristeza y le dijo:

—¿Por qué no te quedas aquí? — le preguntó. — Yo estoy muy triste y necesito alguien que me escuche. — Ella le miró con una expresión de tristeza y le dijo: — ¿Por qué no te quedas aquí? — le preguntó. — Yo estoy muy triste y necesito alguien que me escuche.

—¿Por qué no te quedas aquí? — le preguntó. — Yo estoy muy triste y necesito alguien que me escuche. — Ella le miró con una expresión de tristeza y le dijo: — ¿Por qué no te quedas aquí? — le preguntó. — Yo estoy muy triste y necesito alguien que me escuche.

—¿Por qué no te quedas aquí? — le preguntó. — Yo estoy muy triste y necesito alguien que me escuche. — Ella le miró con una expresión de tristeza y le dijo: — ¿Por qué no te quedas aquí? — le preguntó. — Yo estoy muy triste y necesito alguien que me escuche.

UNA NINERA MODERNA

Clarence era semejante a una lagartija hipócrita injertada en un ser humano de monstruosa curiosidad. Pocas cosas ignoraba de su mundo, el de Hummingbird Hill, pero su ciencia no le satisfaría. De aquí que, cuando le acometía un ataque de indiscreción, cosa que sucedía diez veces al día, cogía su pluma, sus sobres y su lupa y se lanzaba a libar en los libros ajenos y en los hogares de su prójimo.

Su primera visita de aquella mañana fué dedicada a los iris del señor Taylor. Este caballero, un hombrucillo de belicoso carácter, sorprendió a Clarence agachado junto a sus flores e instintivamente empuñó una azada, hecho lo cual avanzó hacia el intruso preguntando:

—¿Qué es lo que quiere?

—Buenos días, señor Taylor —le saludó Clarence, tocándose la gorra—. Precisamente estaba admirando sus matas de iris.

—¡Apártese de mis iris! —le aconsejó Taylor—. Todavía no he olvidado lo que fué usted diciéndome de mí y de la chica de la florista.

—Yo me limité a...

—Usted límitese a cerrar la boca.

Después de esta entrevista, Clarence descendió por la calle murmurando algo que no tenía relación con las flores. Sus miradas cayeron, distrayéndole de su ira, sobre un hombre obeso que sacaba a la acera dos barrones llenos de botellas vacías, y Clarence se paró.

—Buenos días, señor McPherson —deseó cordialmente—. ¡Vaya una buena fiesta que debieron tener anoche!

—¿Quiere que le dé una lista de los invitados que se emborracharon o ya la tiene hecha? —gruñó McPherson, como a quien le duele la cabeza.

—No se ponga tan desagradable —replicó Clarence altivamente—.

No es nada más que una amistosa observación.

—Pues vaya a hacerla a otra parte — indicó McPherson saltando los barrotes estruendosamente.

El número de ciudadanos que odiaban a Clarence aquella mañana era bastante elevado. La lagartija humana hubo de pensarlo así y se trasladó a una región, sino más pacífica, más acogedora por lo menos: al jardín de los King. Trabajó con su pluma, echando miradas de soslayo al edificio, hasta que Larry y Tony se aproximaron intrigados a él.

—¿Por qué hace cosquillas a esta flor? — investigó Tony.

—No le hago cosquillas, muchacho. Estoy recogiendo... — aquí tartamudeó Clarence y añadió: Bueno, marchaos y no me molestéis. He pedido permiso a vuestra madre.

—No le molestaremos — aseguró Larry—. Pero, díganos, ¿qué hace?

Clarence apoyó los dedos en el suelo para conservar el equilibrio y se dignó preguntar:

—¿Habéis visto alguna vez a un abejorro saltando de flor en flor?

—Sí.

—Pues yo hago lo mismo que el abejorro.

—¿Tiene usted aguijón?— puntualizó Tony.

Clarence parpadeó varias veces antes de rogar:

—Idos, dejadme.

Harry y Tacey habían estado buscando la cartera del primero. La encontraron en la sala, a donde había ido a parar de una manera misteriosa. En el momento de ponerse el sombrero, Harry vió por la ventana a Clarence meneando su pluma en el interior de una flor y exclamó:

—¿Qué diablos está haciendo?

—Dice que tenemos un iris macho muy sano y me pidió que le dejara coger polen para cruzarlo con uno de los suyos — contestó Tacey.

—Le cobraremos los derechos — rió Harry, saliendo al porche con su esposa.

Este movimiento coincidió con el que hizo Clarence levantándose al ver al cartero. Con gran avidez el fisgón detuvo al digno funcionario y le rogó que le entregase la carta para los King, cuyo sobre leyó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Hay algo interesante, señor Appleton? — preguntó Harry, que había visto la escena.

Clarence se sobresaltó, pero no pudo ruborizarse.

—Buenos días, señora y señor King —dijo y mostró el sobre—. El cartero me pidió que les entregara esto.

—Muchas gracias —contestó Tacey.

Clarence hizo esfuerzos maravillosos para ver el contenido del sobre. Harry se amoscó e insinuó:

—¿Ya ha sacado todo el polen que necesitaba?

—Sí, sí. Creo que puede resultar una mezcla preciosa —respondió Clarence, dándose por aludido, con allives.

—¡Ojalá sea así! —deseó Harry estrechándole la mano.

—Bueno, adiós, señor King —se despidió Clarence.

—No olvide que tenemos derecho a escoger de lo que salga —gritó Harry irónicamente, en pos de él.

Clarence dejó oír una risita de conejo y desapareció. Tacey, mientras tanto, rebotaba alborozo y sacudía la carta como si quisiera devolverla a su remitente.

—Harry, ven en seguida —reclamó—. He tenido contestación.

—¿Contestación a qué? —quiso saber Harry, acercándose a ella.

—A mi anuncio... No quise decirte nada, pero, después del episodio de Ginger, puse un anuncio en el periódico y he tenido una respuesta magnífica.

—¿Qué anuncio?

—Pidiendo niñera: cariño, una niñera fija en casa.

—¡Tú estás loca!

—Sabía que me lo dirías y por esto no te dije nada. Fíjate en lo que escribí —rogó Tacey, sacando un recorte de periódico—. "En alguna parte debe de haber una persona joven que estaría encantada con una habitación bonita, cuarto de baño y pensión completa, por cuidar de tres niñas adorables y ayudar en la casa. Buen trato, ambiente culto. Escribid Apartado 2361".

—Oye, ¿no exageras un poco llamando a nuestros hijos adorables? —objetó Harry, sintiendo escrúpulos ante la fantasía de su esposa.

—Bueno, es igual —replicó Tacey—. Parece que le ha gustado. He aquí la respuesta: "Señor o señora: Si ya no es tarde, quisiera ofrecerme para el puesto que anuncia. Me ocupo en una clase de trabajo que me permite vivir en cualquier parte con tal de tener un

situ de relativa soledad. Ha estudiado psicología y poseeo competencia para cuidar niños de todas las edades con verdadera eficacia y esmero. Se despide de usted, Lynn Belvedere." ¡Qué apellido tan bonito!

—Pues... ella escribe poco, aunque con precisión —confesó Harry—. Pero, ¿qué más sabemos de ella?

—Bien, es igual —esquivó Tacey—. De todas formas la admitiré.

Harry, pues, prefirió callar y se fué al bufete. A partir de este momento una actividad de calma reinó en el hogar de los King. Tacey cambió muebles de sitio, harmonizó con lámparas, cuadros y vitillos, y barrió la habitación de la niñera, entorpecida, más que ayudada, por sus entusiastas hijos. El perro, para evitar daños, fué confinado en el garaje.

Lo primero que distinguió Harry, al regresar aquella tarde, fué un sillón en la escalera, obstaculizando su paso hacia las regiones superiores, donde estaban su esposa e hijos, según coligió por el escándalo. Obedeciendo a una orden de Tacey, salvó de una zancada el sillón y entró en la habita-

ción de la criada. Se quedó mudo de asombro ante el cambio.

—¿Ha habido un terremoto? —logró articular por fin.

—Hemos estado trabajando como locos —le informó Tacey, acalorada—. ¿No es maravilloso? ¡Va a venir!

—¿Quién? —balbució Harry.

—Miss Belvedere, la niñera que me escribió esta mañana. He decidido no perder más tiempo y le mandé un telegrama, explicándole detalles, y ella me telegrafió, y yo volví a telegrafiarla, y he recibido esto —concluyó Tacey, leyendo un cable—: "Condiciones aceptables. Llegaré noche nueve y treinta y cinco. Estación Parque, Lynn Belvedere."

Harry se disponía a pronunciar una de esas frases familiares y enérgicas patrimonio de los maridos en ciertos casos difíciles, pero fué interrumpido por la entrada de Larry y Tony, abrumados con un pedestal y un busto. Tacey dió las gracias gentilmente a sus hijos y les mandó que subiesen el sillón de "papá". "Papá" protestó:

—¿Os importaría decir a papá dónde lleváis su sillón preferido?

—También necesita un sillón có-

modo para sentarse — contestó Tacey.

—Ya, y te llevas a Nerón para que tenga un intelectual con quien hablar — refunfuñó Harry, señalando el busto.

—Sí. En el anuncio le decía que nuestra casa era culta, confortable y educada — justificó Tacey—. No le hará ningún daño enterarse de que yo, por lo menos, soy escultora.

Dicho esto, empujó a su marido hacia la escalera, donde se había atrancado el sillón. Harry aceptó la ocasión de desquitarse de su explotación, exhibiendo ante sus hijos la fuerza de sus músculos. El tirón fué tan fuerte, que la butaca salió disparada. Esto, en sí, no tuvo importancia, lo peor fué que Harry la recibió encima, cuando ya estaba en el suelo, ovan largo era.

Llegada la hora "cumbre" de recibir a la niñera, Tacey aguardaba nerviosa en el vestíbulo de su hogar y Edna, llamada para el caso, la auxiliaba a soportar la espera. Los niños y el perro estaban ausentes y la casa parecía un remanso de paz. No obstante, la tensión nerviosa de ambas jóvenes iba creciendo con el discurrir del tiem-

po. La hora había pasado. Sonó el timbre del teléfono y Tacey corrió ansiosa hacia él. Quizá fuese Harry, despachado a la estación para recoger al importante engranaje de la maquinaria de su hogar. Pero era Bill, esposo de Edna, que pedía noticias del acontecimiento.

Zumbó el timbre de la puerta, unos diez minutos más tarde. Edna y Tacey se miraron desavoridas y algo desilusionadas.

—¡Si no pueden ser! — murmuró Tacey—. Harry tiene su llave.

Pero abrió la puerta. Un hombre cincuentón, de aspecto distinguido, altivo, elegante, frío, austero... un hombre sin igual era el que había llamado. Se quitó el sombrero y preguntó con mesurada cortesía:

—¿Es la señora King?... Buenas noches. Yo soy Lynn Belvedere.

Pronunció estas palabras como quien desea producir gran impresión. Y no se vió defraudado. Edna y Tacey estaban boquiabiertas. Belvedere, en vista de que no era invitado, se concedió permiso para entrar y echó una inquisitiva mirada en torno suyo.

—¿Quién es usted?... — tartajó Tacey.

—Lynn Belvedere — ratificó el recién llegado.

—Pero... pero, ¡no puede ser!

—¿Por qué no? —objetó Belvedere—. ¿Usted me ha visto anteriormente?

—No, no. Claro que no le ha visto —se apresuró a afirmar Tacey amedrentada.

—Muy bien. Entonces, ¿qué tal está?

Tacey carraspeó y enmudeció. Edna se reía descaradamente de la gran sorpresa. Tacey le indicó que se callase, mientras Belvedere la miraba con el aire de un león a quien un ratón invita a cazar. Para evitar algo terrible, que flotaba en el ambiente, Tacey presentó a Edna y a la "niñera". Después se excusó apurada:

—Esto ha sido una sorpresa, porque... Verá, nosotros esperábamos a... Bueno... Naturalmente, creí que era una mujer. Comprenda que...

Tacey quedó cortada por la glacial mirada de Belvedere, quien, exhibiendo un papel, replicó:

—Se anuncio, del que llevo aquí una copia, no mencionaba el sexo.

—Puede que no, pero se entendía perfectamente —contrastó Tacey—. Yo necesitaba que me ayudaran en las tareas de casa y cuidaran de los niños.

En los ojos grises de Belvedere relució una luz de lástima y respondió:

—Señora King, debo decirle que no me gustan en absoluto los niños, pero le aseguro que estoy en condiciones de atenderlos en cuanto sea necesario, aunque me desagrada —de pronto bostezó y dijo—: Perdón. Acabo de hacer un viaje largo y pesadísimo sin acosarme. ¿Puedo ver mi habitación?

—Pues yo... —balbució Tacey, sin saber qué hacer.

—Mire usted, señor Belvedere —intervino Edna—, tiene que comprender que es una usurpación de personalidad...

—Todo lo contrario —atajó el recién llegado—. Si hubiera aparecido una joven llamándose Lynn Belvedere, ella hubiera sido la usurpadora. Por favor, ¿puedo ver mi habitación?

—Pero... pero mi marido no está en casa y yo no sé si aún... —

—Eso, permítame que se lo diga, me es completamente indiferente —aseguró Belvedere fríamente—.

Entendí que no requería usted mis servicios para guardarle a él... Ahora, señora, ¿puedo ver mi habitación?

Tacey tuvo que acceder. El hom-

bre la imponente con su altivez. En el pasillo del piso estaban los tres niños King, parpadeando de asombro al ver su "niñera". Los chiquillos suelen tener una idea errónea acerca de muchas cosas, pero, entonces, la razón les asistía en su asombro: una niñera no puede ser un señor como papá. No escatimaron sus exclamaciones. Belvedere los tumbó de pies a cabeza y Tacey, a la que dominaba un creciente apuro, aclaró:

—¿Lo ve, señor Belvedere? Ellas también creían que iba usted a ser... bueno... Parece que están encantadas con usted.

—El encanto, le aseguro a usted, no es mutuo —contestó Belvedere con desoladora franqueza—. ¿Por dónde voy?

Tacey mandó a los niños a la cama y se apartó de ellos en medio de un alud de exclamaciones. Mostró la habitación reservada a Belvedere, que se adentró por ella examinando severamente todos y cada uno de los objetos que la llenaban: el tocador, el busto de Nerón, los cuadros, el cuarto de baño... Tacey estaba anhelante.

—Tratamos de arreglarlo tan bien como pudimos —explicó nerviosa—. Yo... espero que le guste.

—Después de hechas las eliminaciones convenientes —aseguró Belvedere, tirando un ramo de flores a la papelera—, puede quedar en estado satisfactorio. Para mi trabajo necesito una atmósfera de austeridad espartana.

—¿Y puedo preguntarle cuál es su profesión?

—Desde luego. Soy un genio.

Belvedere dio al fin el visto bueno al cuarto y se despidió de Tacey, que bajó corriendo a consultar a Edna lo que había de hacer. Antes de obtener una respuesta, compareció Harry de un humor de mil diablos, después de su inútil espera en la estación. Tacey quiso explicarle lo ocurrido, pero no pudo. Ella y Edna estallaron en carcajadas, sin poder hablar, mientras Harry les preguntaba si habían enloquecido. Entonces, la voz de Belvedere sonó en el descansillo de la escalera.

—Señora King, antes de retirarme, ¿puedo preguntarle a qué hora se sirve el desayuno?

—Yo... alrededor de las siete... en general...

—Gracias. Debo advertirle que soy vegetariano —indicó cortésmente Belvedere—. Me gustan los

jugos de frutas, el café y pan de gluten, fino y tostado.

—Trataré de recordarlo.

—Gracias. Buenas noches.

Harry estaba trastornado por aquella súbita aparición masculina de voz suave y firme y aspecto aristocrático y desdénoso. Edna y Tacey tornaron a sus carcajadas incontinentes. Todo aquello le pu-

so sobre ascuas y acabó por gritar:

—¿Qué enredo es éste?

Tacey, entre dos risas, con los ojos llenos de lágrimas, logró responder:

—Esto, cariño, es Lynn Belvedere.

—¿Eh?

Harry no pudo decir más. Sin embargo, era bastante.

UN GENIO

—Bueno, Larry, basta de azúcar.

Ante la tacañería materna, Larry lanzó un gemido de protesta y contempló tristemente su plato de gachas, en el que sólo había podido echar la exigua cantidad de ocho cucharadas de azúcar.

Ocurría esto al día siguiente de la llegada de Belvedere, en el comedor de los King. Harry, con el estoicismo de un hombre fuerte ante los más desagradables acontecimientos, leía el diario sin fijarse apenas en lo que comía. Su cachaza hizo nacer una protesta en el atribulado corazón de Tacey, que, no pudiendo contenerse, exclamó:

—Harry, ¿quieres dejar el periódico de una vez y hablar conmigo?

—¿Qué quieres? —suspiró Harry, obedeciéndola.

—¿Qué vamos a hacer con el señor Belvedere? —indagó Tacey.

—Muy sencillo —dictaminó Harry—. Tan pronto como se digna bajar a desayunar, voy a darle la

patada. Se la daré en la oreja.

—Creo que tienes razón —convino Tacey, pasando por alto la innecesaria truculencia de su esposo—. Pero tendrás que decirselo tú. Yo tengo miedo.

—¡Oh! —profirió Harry, bastante desanimado ante el encargo.

—Yo lo encuentro divertido —anunció Larry.

—También yo —asintió Tony.

—Pues yo no —repuso su padre, levantándose—. Y genio o no genio, voy a decirle que baje a desayunar.

—Subiré contigo —propuso Tacey—. ¡Niños, quietos! ¡Terminad el desayuno!

Larry aprovechó la ausencia paterna para servirse el azúcar que echaba de menos. Y era un niño muy goloso. Roddy lanzó a diestro y a siniestro sus papillas con una imparcialidad asombrosa para sus cortos años.

Harry y Tacey se detuvieron en

el pasillo del piso, tanto a causa del asombro, como porque su camino se veía interceptado por el busto, el pedestal, un jarrón, varios cuadros y parte del tocador.

—¡Qué caradura! — se enfadó Tacey.

—¡Bah! ¿Qué le importa? — le calmó su marido—. Va a marcharse.

Pero esta esperanza empezaba a ser minada. Llamó Harry con fuerza en la puerta y no obtuvo contestación. Su intranquilidad comenzó a manifestarse. Tacey golpeó a su vez la madera. Nada. Silencio. Sospechando que la "niñera" se había ido, irrumpieron en la habitación.

Pero Belvedere estaba... ¡Estaba con la cabeza apoyada en el suelo, pies arriba, adosado a la puerta del cuarto de baño! El ruido que hicieron los King le obligó a salir del trance en que, a todas luces, estaba sumido.

—¡Cuánto diento haber entrado así! — se excusó Tacey, sofocando su risa—. Pero hemos llamado...

Los ojos de Belvedere se clavaron en el risueño Harry, con una severidad que parecía imposible en un hombre que momentos antes estuviera enseñando las plantas

de sus pies al techo de la estancia, y dijo:

—Yo no lo dudo, señora King. Cuando hago mi yoga no me doy cuenta de nada. Ni veo ni oigo cosa alguna. ¿Ya está servido el desayuno?

—Sí, y cuanto antes pueda bajar será mejor para...—intervino Harry.

—No tardaré ni un minuto, señor King—prometió Belvedere.

Y, dicho esto, Belvedere volvió a adoptar la posición "yoga". Comprendió Harry, a una indicación de Tacey, que la "niñera" no estaba en este mundo y reservó las frases de despedida para mejor ocasión.

Minutos después, Belvedere compartía el desayuno con los King. Roddy, a cuyo lado se sentaba, le disparó la papilla en el brazo, recibiendo por ello una austerísima reprimenda. Harry decidió ir al grano y dijo, escogiendo sus palabras:

—Mire usted, señor Belvedere, las bromas son bromas, pero ésta no puede seguir.

—¿Y por qué no, señor King?—preguntó Belvedere, enarcando las cejas—. Estoy dispuesto a llevar a cabo mi parte en el compromiso.

No hay razón para que usted se desentienda de la suya.

—¡Pero no ve que es imposible! —intervino Tacey—. Usted no puede hacer lo que nosotros deseamos. Por ejemplo, ¿podría bañar a Roddy?

Belvedere era la imagen de la frialdad al responder:

—Durante muchos años he bañado con éxito a individuos de todas las edades y sexos, y jamás he tenido la menor queja.

Roddy le regaló un poco más de papilla y Belvedere agregó:— ¡Niño, no vuelvas a hacer esto.

—Ya está bien, Roddy—regañó Harry, y continuó—. Mi mujer me ha dicho que es usted un genio.

—En efecto, lo soy —aseguró Belvedere sin parpadear.

—Buena, si no me considera curioso—caraspeó Harry considerando—. ¿podría decirme en qué aspecto lo es?

—Yo soy, a mi modo, un filósofo —le comunicó Belvedere sin alterarse.

—¡Ah, comprendo! Usted se sienta... y piensa.

—Señor King, si las personas se sentaran a reflexionar, el mundo

no estaría embrollado como lo está.

—¡Vaya! Puede que tenga razón en esto—confesó Harry.

—Pero, señor Belvedere, ¿podrá usted manejar a los niños? —se preocupó Tacey, advirtiendo que Harry empezaba a flaquear.

—Señora King, ya le dije anoche que los niños no me gustan nada, y los suyos, si me permite decirlo, tienen costumbres y modales bastante deplorables. No obstante, le aseguro que me veo capaz de ocuparme de ellos con éxito, si tengo libertad.

Contró a Roddy en el instante en que, aprovechando la distracción creada por este discurso, se disponía a "alimentar" su chaqueta y la paralizó con una mirada. Mientras Harry y Tacey salían al jardín para hablar un momento a solas con la excusa de despedirse, Belvedere dio órdenes a sus pupilos respecto a cuántas veces debían masticar cada bocanado.

Harry estaba perplejo. La personalidad de Belvedere le tenía domineado. Encaróse con Tacey y le dijo:

—Pues yo no sé... ¿Qué opinas tú? ¿Le dejame a prueba uno o dos días?

—Lo que quieras— accedió Tacey—. A los niños parece que les agrada.

Coincidiendo con esta afirmación, les asustó el agudo llanto de un niño. Corrieron hacia la ventana del comedor y miraron por ella. Se quedaron atónitos. Roddy tenía puesta sobre la cabeza la taza de las papillas, que se deslizaban hacia abajo en todas las direcciones de su rostro. Belvedere se limpió cuidadosamente las manos con una servilleta y explicó a los asustados padres sin inmutarse:

—Durante toda esta comida, su hijo me ha regado con sus papillas. Le he dado una lección objetiva y, como pueden observar, parece que no le agrada. Le garantizo que nunca volverá a echar la papilla sobre mí ni sobre nadie.

—Señor Belvedere, considérese contratado— exclamó Harry con calor—. Esto me lo ha hecho a mí también. Creo que ha acertado.

Belvedere se puso de pie con rigidez y objetó:

—No estoy de acuerdo con usted, señor King. Puede usted decir que estoy acertadísimo.

Cuando, aquella noche, Harry, de regreso del bufete, quiso encerrar el coche en el garaje, no pudo

hacerlo a causa de sus hijos. Esto no tenía en realidad nada de particular, pues los chiquillos se pasaban la vida en aquel recinto; pero sí era notable que Larry y Tony tuvieran los pies en alto y la cabeza en el cemento. Indudablemente, las lecciones de Belvedere surtían efecto.

—Bueno, ¿qué estáis haciendo aquí los dos?— preguntó Harry.

—El señor Belvedere lo hace. Es la yoga— le informó Larry.

—¡Es estupendo!— atizó Tony. —Sirve para descansar.

—Bueno, tened cuidado de que, para descansar, no os rompáis el cuello.

Más sorpresas aguardaban a Harry en el interior de la casa. Tacey, radiante, dando muestras de un respeto que escoció a su esposa, explicó las maravillas obradas por la "niñera". Los niños le obedecían sin chistar y Roddy no había protestado al ser bañado; había arreglado la nevera, el perro danés descansaba pacíficamente en un rincón y, finalmente, había preparado una ensalada deliciosa. ¡Todo en un día!

Harry estaba boquiabierto y un poco dolido de que otro hombre y no él, hubiera conseguido tantos

milagros. Tacey exclamó de pronto en voz baja:

—Sólo encuentro que... que es algo misterioso.

—¿Cómo dices? — se sobresaltó Harry, también en un murmullo.

—Pues... por tres veces hoy, al terminar su trabajo, subió y se encerró en... su habitación y estuvo mucho tiempo. Le oí correr el pestillo. Subí y escuché, pero no pude oír nada. ¿En qué crees que puede ocuparse?

—Puede que se ponga de cabeza —supuso su esposo—. Esto hace muy poco ruido.

—¡Oh! — protestó Tacey de la hipótesis.

—¿Está arriba ahora?

—No. Está fuera, dando un paseo.

—¿Y por qué hablamos en voz baja?

Se rieron y Tacey reanudó sus explicaciones:

—Dice que todas las noches sale a pasear un poco antes de cenar. Le he dado una llave de su habitación, pero él no sabe que yo tengo otra. ¿Sería muy feo si...?

Harry había comprendido. Sus ojos relucieron.

—Desde luego, lo sería —repuso.

La luz de sus ojos se hizo casi diabólica. Y añadió:

—Subamos.

Corrieron escaleras arriba y se detuvieron ante la puerta de la alcoba de Belvedere. Tacey extrajo una llave del bolsillo del delantal y se la entregó a Harry, que la introdujo en la cerradura. La hizo girar, pero sin resultado.

—¡Vaya! Da la vuelta, pero no pasa nada.

—¡Qué torpe eres! — exclamó Tacey—. Déjame a mí.

Pero o su torpeza era similar a la de su marido o la cerradura estaba estropeada. Harry consideró la llave con atención y preguntó:

—¿Estás segura de que ésta es la llave?

—Sí, claro que lo estoy. ¡Es raro! No abre...

Volvió a probar. Inesperadamente, una voz resonó irónica en el descansillo, diciendo:

—Está perdiendo el tiempo, señora King.

¡Era Belvedere! Había subido sigilosamente la escalera y los contemplaba con maliciosa piedad. El matrimonio no supo qué decir y Belvedere se acercó a él, balanceando delicadamente su bastón. Luego dijo:

—Conociendo la naturaleza humana, he sospechado que tratarían de fagonear. Esta cerradura es nueva.

—Pero... pero, ¿no puede ser!... No ha venido ningún cerrajero.

—No era necesario, señora King —observó Belvedere—. Soy un experto cerrajero.

Los King se batieron en retirada y se pararon en el vestíbulo a cambiar impresiones. Belvedere, por lo visto, era una especie de enciclopedia. Casi era insultante tanta su-

ficiencia. Tacey estaba entusiasmada con él. Harry, en cambio, sentía sus dudas; pero hubo de declararse vencido, cuando Larry y Tony le preguntaron si era hora de lavarse para cenar.

—El señor Belvedere dice que la limpieza es hermana de la santidad —aclaró virtuosamente Tony.

Harry tragó saliva y abrió los brazos. Tacey le preguntó:

—¿Quieres oír más?

Harry dejó caer los brazos. Se vendía.

UNA NUBECILLA

El invierno, que tiene la mala costumbre de seguir al otoño, llegó y cubrió de nieve a Kammingsbird Hill, dándole una apariencia de tarjeta postal. El frío retenía en casa a las personas y animales desprovistos de las suficientes calorías o de un motivo poderoso que los impeliese a transitar por las calles.

Y dos personas se encontraban al aire libre cierto mediodía, arrojando el peligro de una pulmonía. Una de ellas era Clarence Appleton, que se había provisto de una buena excusa para fregar al cubrir sus marchitos iris con una harpillera; la otra era Lynn Belvedere, que paseaba sobre la nieve con su desdeñoso aire habitual, a pesar del abultado paquete que llevaba abrazado contra sí.

Clarence abordó a la "niñera" en el instante en que este severo personaje pasó por delante de su jardín.

—Buenos días, Belvedere.

Belvedere dió una zancada, esquivando un montón de nieve, y se plantó ante el prototipo de repulsiva curiosidad.

—Tenga la bondad de llamarme señor Belvedere hasta que le dé permiso para apejar el tratamiento, contingencia que es poco probable que ocurra, señor Appleton.

—Yo... yo no he tenido la intención de ofenderle— aseguró Clarence, después de haberse atragantado—. Dígame, señor Belvedere, ¿es usted feliz por completo con los King?

—Sólo un idiota es completamente feliz.

—Me he enterado de que los pequeños le adoran y de que la señora King le considera un tesoro— insinuó Clarence, al que la experiencia había enseñado a soportar sin inmutarse las más ásperas respuestas.

—Sin duda.

—¿Sin duda?... Y tiene razón—halagó Clarence—. Como mi madre dice siempre: "Un buen sirviente vale en oro lo que pesa".

—La próxima vez que haga su madre esta original observación, dígame que es una frase muy gastada—condescendió Belvedere a aconsejar.

—Sí, lo haré—murmuró Clarence desazonado; después, prosiguió—: Incidentalmente, mi madre está desquiza de irabar cono cimiento con usted. ¿Podría visitarnos en su próxima tarde libre?

—Yo no soy un sirviente, señor Appleton. Mis tardes me pertenecen siempre.

—Bien, en este caso venga cuando quiera a tomar una copa de jerez.

—Me gusta tan poca el jerez como alternar con personas sin haber sido invitado—replicó Belvedere, disponiéndose a alejarse.

—Pero, señor Belvedere, ¿estoy haciéndole una invitación?

—Y yo, señor, estoy declinandola. Buenos días.

Harry y Tacey estaban haciendo un monigote de nieve en el jardín de su casa, con el propósito de dar una sorpresa a los niños, a quienes Edna se había llevado a ma-

render con sus hijas. Belvedere quiso pasar inadvertido de ellos, pero fué descubierto en el instante en que se encaminaba de puntillas hacia la entrada.

Los King le preguntaron, lanzando curiosas miradas al paquete que la "aññera" llevaba, y en cuyo interior se había producido un sonido muy extraño, qué le parecía su obra. Belvedere encoró las cejas y contestó:

—Señor King, debería dejar que su señora le hiciera la cara.

—¿Si la he hecho yo?—exclamó Tacey.

Belvedere lanzó un suspiro de lástima y murmuró:

—Menos mal que se derretirá pronto.

Una vez se hubo marchado Belvedere, Tacey y Harry se miraron intrigados. Harry fué quien rompió el hielo al inquirir:

—¿Qué le parece que llevará en el paquete?

—Estoy ya tan acostumbrada, que ya he dejado de interesarme por lo que pueda hacer o ha hecho—mintió Tacey.

—¿Hacia bastante ruido—recordó Harry—. He oído un sonido metálico.

—Yo también.

—Si hace cualquier cosa ilegal, nos veremos metidos en un jaleo. ¿Te das cuenta, verdad? —indicó Harry, dejando que el abogado hablara en él.

Tacey inclinó la cabeza en señal de afirmación y lanzó una ojeada en torno suyo. En un segundo quedó combinado un plan. Harry se subiría a la rama de un árbol, desde el que era posible atisbar en la habitación de Belvedere, mientras Tacey vigilaría la puerta de la habitación de la "niñera" desde el interior de la casa.

Harry emprendió una azarosa ascensión por el resbaladizo tronco del árbol y Tacey se apostó en la escalera que arrancaba del vestíbulo, sin despegar los ojos del cuarto de Belvedere. Pero éste, que estaba en la sala, fué puesto sobre aviso por un rumor de que algo se tramaba, descubrió a Tacey en la escalera y giró calladamente sobre sus talones para echar una mirada al jardín, en busca de Harry. Un copo de nieve de grueso tamaño caído del árbol le condujo a sorprender a Harry entregado a su penosa subida...

Los ojos de Belvedere relampaguearon —¿fué una sonrisa o la llama de la ira?— y pasó en se-

guida al jardín, donde, levantando la cabeza hacia el abogado, exclamó:

—¡Señor King!...

Su voz sobresaltó a Harry, que, perdiendo el asidero que le ofrecía una rama delgada, se desplomó con un alarido alarido en dirección de la madre tierra...

Tes minutos después, estaba en manos de Belvedere para recibir una cura de urgencia. El batacazo había sido aparatoso, pero de "pronóstico leve": algunos rasguños, una muñeca torcida y varios desgarrones en la indumentaria. Pasado el susto, Tacey sentíase predispuesta a reír y a admirar la destreza con que Belvedere vendaba a su esposo.

—Este es un verdadero vendaje profesional —alabó la joven—. Hay poca gente que pueda hacerlo así.

—Lo mismo que el general Pershing me dijo en la primera guerra mundial! —declaró Belvedere.

—¿Ha sido doctor también? —admiró Tacey, mientras Harry gruñía.

—Especialista de buesos.

—Señor Belvedere, ¿hay algo que no haya sido usted? —preguntó Tacey.



Había telefonado ya a veinte números digitales.



Tacey presentó a Edna y a la "niñera"...



Tacey quiso explicar a su marido lo ocurrido, pero no pudo.



—Cuando haya mi yaga no me doy cuenta de nada.



Belvedere quiso pasar insilvertido, pero fué descubierto...



—¿Ha sido doctor también?



—Señor King, he estado enseñando a Roddy que el baño no es una función social.



—...durante su ausencia trataré de reemplazarle a usted en todo lo que pueda.



—¿No me das un beso?



*Las relaciones entre su esposa y Belvedere
eran más que culpables.*



—...quiero contarte lo que ha pasado.
—Me lo contarás mañana.



—¿Por qué no me has dicho que hallaste con este hombre
ayer por la noche?



—Papá, ¿cuándo vuelve mamá?



—Señor Belvedere, no sé si debo felicitarle o...



*—Daría mi brazo derecho por ver a Clarence Appleton
con un ojo a la funerala.*



—...dentro de poco, espero tener otro niño.

—Sí, señora King—contestó Belvedere con dignidad—. No he sido ni un holgazán ni un parásito.

Tacey, entonces, vió en un rincón una jaula y un canario. Una exclamación de alegría brotó de sus labios. La jaula y el pájaro eran muy lindos.

—¿De dónde ha salido esto? —acabó por preguntar.

—Esto, señora King, era el paquete que usted y el señor King miraban tanto—informóles Belvedere con frialdad—. Me opongo a la práctica de hacerse regalos mutuamente, pero como usted fué tan amable al regalarme tres pares de calcetines de lana el día de mi cumpleaños, he intentado buscar algo para el suyo, que creo que será del agrado de la familia.

Los esposos demostraron su agradecimiento con cautela, pero de un modo evidente. El rasgo de Belvedere les conmovió y les llenaba de esperanza de que su "niñera" se estuviera humanizando... esperanza vana, pues Belvedere continuaba impertérrito como una máquina tragaperras, que da un regalo después de cochar una moneda.

—¡Es precioso!—alabó Tacey—. ¿Sabe si canta?

—Aun no —contestó Belvedere—. Pero yo le enseñaré.

Y los King no tuvieron la menor duda de que cumpliría su palabra. Belvedere podía ser vanidoso, pero sus promesas jamás habían sido desmentidas. Quizá por lo mismo fuese un genio.

* * *

El canario cantaba a pleno pulmón, despidiéndose de aquel hermoso día. Era primavera.

Faltaba hora y media para que Harry se marchase a Chicago por negocios. Bill no tardaría en pasar a buscarle. El tiempo urgía. El matrimonio hacía juntos la maleta: Tacey ordenaba las cosas y Harry pasaba revista para no descuidar nada. Notó que se había olvidado la máquina de afeitar y fué al lavabo. Roddy estaba en el baño y, por una puerta abierta, podía oírse a Larry y Tony preparándose para pasar la noche.

—¿Te olvidarás de mí cuando me haya ido?—preguntó Harry al pequeño arrodillándose al lado del baño.

—Be... Belvedere ido allí—farfolló Roddy.

—Mirame y riete—suplicó su padre.—Te estás divirtiendo, ¿eh?

Se oyó un rumor de pasos y Belvedere apareció en la puerta. Su

austero rostro había alcanzado el ápice de la severidad. Secamente dijo:

—Señor King, he estado enseñando a Roddy que el baño no es una función social. Le suplico que no le hable...

Despechado, Harry cogió su máquina de afeitar y regresó a su alcoba, donde dijo quejoso a Tacey:

—No me importa lo bueno que sea, pero hay veces que este genio me ataca los nervios.

—No seas tan susceptible. A mí me cautiva—afirmó Tacey.

Harry se mordió los labios, irritado y celoso. Pero la llegada de Edna y de Bill apartó a Tacey de su lado en el momento en que se disponía a pronunciar un sermón acerca de las cosas que una buena esposa no debe decir ante su marido.

Se distrajo de sus tenebrosos pensamientos despidiéndose de sus hijos en presencia de Belvedere.

Tacey, impaciente, subió a buscarle, poniendo fin a la escena. Cuando Harry empuñaba ya la maleta, Belvedere dijo, con una sombra de sonrisa, la primera desde que le conocían:

—Adiós, señor King... Y no se apure: durante su ausencia trataré de reemplazarle a usted en todo lo que pueda.

Mientras bajaban por la escalera, Harry rumió la frase de Belvedere. De nuevo los celos y las sospechas le dominaron. Llegados a la planta baja, saludó a Edna y a Bill distraídamente y apenas atendió a las múltiples recomendaciones de Tacey. Recordaba la sonrisa de Belvedere... Era un hombre con mucha personalidad... Y Tacey... Harry soltó de golpe la maleta.

—¿Qué te pasa?—exclamó Tacey—. ¿Se te ha olvidado algo?

—No puedo irme — respondió Harry.

—¿Por qué?

—Pues porque no puedo dejarte sola con Belvedere. Parece que le encuentras muy atractivo.

—También encuentro atractivo a Joe Louis y no estoy enamorada de él—replicó Tacey.

—Me has dicho que ese hombre te cautiva—acusó Harry.

—Así es—bromeó Tacey—. Estoy loca de pasión.

Bill le recordó lo breve del tiempo que disponían para tomar el tren. Pero Harry menzó obstinado la cabeza. No se marcharía. Tacey se estaba enfadando.

—Mira, no estoy insinuando que tú y Belvedere os enamoréis durante mi ausencia—aclaró Harry, algo arrepentido de su conducta—. Pero ya sabes lo que son los comadreos aquí y no quiero que tu nombre ni el mío, que es el mismo, se vean mezclados en... Ya sabéis el refrán de la mujer del César.

—Está bien, César — intervino Edna—. ¿Estarás tranquilo si tu mujer duerme en nuestra casa mientras tú estás fuera?

—Sí, desde luego—confesó Harry, volviendo a coger la maleta.

Esta escena había molestado un poco a Tacey, pero sin hacerle perder su sentido del humor. Cuando Harry quiso besarla, apartó el rostro.

—¿No me das un beso?—suplicó Harry.

—No. Soy una mujer fiel y mi corazón pertenece a Belvedere — dijo Tacey.

Pero, sin embargo, permitió que

la besara. Idos Bill y Harry, Edna y Tacey se rieron de buena gana.

—Ya ves, se ha vuelto hasta celoso — comentó Tacey—. Es una gran satisfacción.

—Y muy grande—dijo Belvedere, apareciendo en la escalera—. Aunque algo... pueblerina.

—Señor Belvedere, ¿no considera usted que escuchar es algo feo? —le reprochó Edna.

—Quizá sea feo, pero es delicioso—convino Belvedere maquiavélicamente—. Lo que me ha gustado es que me comparara con Joe Louis. Quizá tenga una belleza loca. Voy a apuntar esto en mi diario.

Y mientras Belvedere desaparecía, los dos jóvenes tornaron a reírse.

PRIMER ESCANDALO

Tony estuvo dando tumbos en su cama, y quejándose al mismo tiempo, un buen rato antes de despertar a Larry. El hermano mayor miró a su intempestivo despertador y preguntó soñoliento:

—¿Qué te pasa?

Me duele el estómago.

En efecto, Tony se apretaba la parte aludida con una mano y, de vez en vez, emitía un sordo gruñido. Tenía los ojos llenos de lágrimas. No obstante, Larry apenas se sintió interesado. Cambiando de posición entre las sábanas, diagnosticó:

—Debes de haber comido demasiado. Anda, vuelve a dormir y verás cómo se te pasa.

—No puedo. ¡Me duele! ¡Llama a mamá!—gimió Tony.

—No puedo. Ya sabes que está durmiendo en casa de los Philby.

—¡Pero yo quiero que venga mamá!—gritó Tony, retorciéndose.

Larry se incorporó de un salto y encendió la luz, rogando:

—¡Chist!... ¡Cállate!... Son casi las tres de la mañana y vas a despertar a Roddy y al señor Belvedere.

—¡No me importa!

—Oye, Tony, una cosa. ¿Por qué no te pones de cabeza como el señor Belvedere nos enseñó?

—Ya lo he intentado antes, pero he vomitado—aseguró Tony.

Esta contestación confirmó a Larry que su hermano estaba grave. Saltó de la cama y amenazó:

—Le despertaré, pero no le gustará. Es un genio y necesita dormir ocho horas; por lo menos, eso es lo que él dice a cada momento.

Cinco minutos después, un impecable, malhumorado y severo Belvedere veía retorcerse a Tony en un sillón, en tanto que buscaba un número en el listín telefónico. Larry salió de la cocina con una botella de ginebra y un vaso.

Llenó este último generosamente. Belvedere gritó con voz tonante:

—¿Qué le vas a dar de beber?

—No es nada. Es agua fresca— aclaró Larry—. La botella del agua se rompió.

—Bueno, déjala ahí — ordenó Belvedere, indicando una mesita.

—¿Por qué? Un vaso de agua le sentará bien—repuso Larry.

—Cuando llegue tu madre, puedes ahogarle en agua helada y no me opondré. Hasta entonces, déjale en paz... ¡Y pon ahí la botella!

Larry obedeció a regañadientes y Belvedere pudo buscar la dirección telefónica de los Philby.

En un espacio de tiempo inverosímilmente corto, Tacey estuvo en su casa. Se había echado apresuradamente un abrigo sobre el salto de cama. Estaba muy asustada. Con veloz caminar, entró en el salón en el que Tony gemía en un canapé, Larry procuraba consolarle y Belvedere hestezaba aburrido, apoyado en la repisa de la chimenea.

—¡Tony!... ¡Hijo!... — exclamó Tacey, arrodillándose a su lado, y preguntó a Belvedere: — ¿Le ha puesto el termómetro?

—No — repuso Belvedere has-

tiado—. Estoy convencido de que es un simple dolor de vientre, ni más ni menos. Es claro que podía haber resuelto la crisis yo solo, pero el niño expresó el deseo enfermizo de ver a su madre.

Tacey le disparó una mirada de reproche por su dureza y levantó en brazos a Tony, diciéndole:

—Vamos, hijo. Te subiré a la cama.

Tony se sintió mejor así que estuvo en su alcoba. Tacey hizo compañía unos momentos a sus hijos, recomendándoles que se levantarán tarde al día siguiente y les amonestó para que aprendieran a distinguir el chiclé de lo que no lo era...

Mientras tanto, la irritación de Belvedere alcanzaba la sublime gelidez de sus mejores instantes al responder, por teléfono a las preocupadas preguntas de Edna.

—Señora Philby, ya la he informado en tres ocasiones distintas de que la naturaleza ha resuelto el trastorno gástrico de Tony... La señora King irá dentro de unos minutos. No se darán más bolsetines médicos. ¡Buenas noches!

—Siento que le hayan molestado, señor Belvedere — dijo Tacey, reuniéndose con él—. Me figuro

que el niño se dormirá en seguida.

—Mientras que a mí me atacará el insomnio—observó Belvedere.

Sonó el timbre de la entrada. Tacey frunció el ceño y exclamó:

—¿Quién puede llamar?

—Si va a la puerta se evitará el hacer conjeturas—advirtió Belvedere, cogiendo la botella de ginebra y el vaso dejados por Larry sobre la mesita.

El recién llegado era Clarence Appleton. Su impulso le llevó hasta el centro del vestíbulo, sitio desde el que, mientras hablaba, podía columbrar todos los rincones de la planta baja con sus miopes ojos.

—Por favor, perdóneme la intromisión, señora King, pero he visto las luces encendidas y, sabiendo que su marido está en Chicago, me ha parecido que debía venir a ver si les pasaba algo.

Tacey onrojeció de ira y levantó su hermosa barbilla en un gesto de desprecio. Pero consiguió decir con acento normal:

—No, gracias. No ocurre nada.

Los ojos de Clarence seguían trabajando. Se fijaron en el batín y el pijama de Belvedere, en el

abrigo que mal ocultaba el salto de cama de Tacey y, también, en la botella de ginebra, llena de agua, que la "niñera" estaba vaciando materialmente en el vaso.

—En fin, es una visita de buena vecindad para ofrecerles mis servicios si los necesita.

Belvedere avanzó hacia él bebiendo el agua. La etiqueta llamó la atención del chismoso, que apenas disimuló una sonrisa de contento. Pero Belvedere le imponía y hubo de retroceder hasta la puerta, que Tacey mantenía abierta, desde donde preguntó con burda ironía:

—Buenas noches... ¿O debo decir buenos días?

—¿Le ha pedido los prismáticos a su madre para ver que las luces estaban encendidas? — exclamó Belvedere, presintiendo lo que aquel gusarapo pensaba.

—¡Oh!... Pues... yo... yo... — tartamudeó Clarence.

—¿O tal vez buscaba polen para sus iris?—insistió Belvedere.

—Vea que no me necesitan — masculló Clarence.

—Su visión es completamente acertada — convino Belvedere implacablemente.

Cerró la puerta de golpe, derribando casi a Clarence. Tacey esta-

ba en la sala abrochándose el abrigo; tenía el rostro cubierto de rubor. Belvedere depositó el vaso sobre la chimenea y había algo en su cara delator de lo divertida que le parecía la situación.

—¡Gusano mal pensado! — refunfuñó Tacey, refiriéndose a Glarence.

Belvedere guardó silencio, mientras la acompañaba al vestíbulo. Cuando Tacey estaba a punto de irse, la "niñera" hizo una mueca de placer y preguntó:

—¿Conoce usted a alguien que tenga una colmena?

—¿Qué?— se asombró Tacey.

—Un buen enjambre de abejas

le estropearía sus preciosos iris— insinuó Belvedere.

La travesura de su tono y la faceta del carácter de Belvedere que revelaba, fueron un nuevo motivo de admiración para Tacey, que aprobó entusiasmada:

—¡Claro!... Pero ¿cómo haría para que el enjambre...?—y se interrumpió para exclamar—: ¡Oh! ¡No me diga que también ha sido apicultor!

—Claro que sí—respondió Belvedere con naturalidad.

Tacey estimó que lo mejor era marcharse. O Belvedere se burlaba de ella, o aquello era más de lo que un ser humano podía creer.

—Buenas noches.

. . .

La librería de Hummingbird Hill era más concurrida por motivos de chismografía que a causa de los libros que en ella se exhibían. Como es lógico, Clarence era su primer cliente y su más asiduo contertulio, pues la amistad que le unía con Della, la propietaria, se basaba, más que en los años que se conocían, en la circunstancia de que ambos gustaban de despellejar a su prójimo.

A la mañana siguiente de la indisposición de Tony, Clarence simulaba leer unas revistas, mientras Della atendía a unos parroquianos. Pero así que los hubo despachado, Della corrió junto a Clarence.

—¿Y qué dice usted que pasó?— preguntó la libeera.

Clarence echó aliento a sus gafas y las pulió con un pañuelo meticulosamente antes de contestar:

—Pues, como le decía, anoche, o mejor dicho, esta madrugada,

fui a la casa de los King a ofrecer mis servicios y... Tenga en cuenta que el señor King se ha ido hace tres días...

La señora Appleton, a quien la parálisis había reducido a la inmovilidad, tenía la compensación de poseer una lengua tan ágil como un florile bien manejado. Siempre encontraba motivos para esgrimirla, fuese cual fuese la verdadera importancia de los mismos. Y el caso presente era de los que justifican un poco de actividad.

De acuerdo con su hijo, y con el santísimo propósito de defender a sus allegados y amistades de la contaminación que se emanaba de Carver Street, empuñó el teléfono y se puso al habla con la señora Hammond.

—...Y allí estaba el señor Belvedere con su pijama y la señora King con una bata escandalosa— colorreó la señora Appleton—. Y los dos divirtiéndose de la forma

más descarada, emborrachándose con ginebra.

—¿Por Dios!—se aturrulló la señora Hammond—. Es de lo más... ¿Cómo? ¡Ah! ¡Tiene toda la razón! Mi obligación es decírselo a Horacio... Sí, es natural. El exige por encima de todo seriedad.

Peggy, la linda telefonista de la oficina de Horacio Hammond, abogado, recibió a poco una imperiosa llamada de la señora Hammond, quien deseaba comunicarse con su marido.

El señor Hammond estaba estudiando unos documentos, animado en su tarea por el sabroso acicate de un cigarro. Gruñó al saber que su esposa deseaba hablarle, pero cogió el teléfono.

—Dí, María, ¿Qué quieres?... ¡No!... ¡Es vergonzoso! ¿Y borrachos?... ¿Los dos? Sigue... ¿Qué más te ha dicho que Clarence dijo que me dijeras?... ¡Hum!

Al poco rato de este trasvasar comadreos, Harry entraba muy animado en las oficinas de Hammond. Llevaba su maleta y un glorioso aire de vencedor. Después de saludar a las secretarias con su simpática sonrisa, pidió a la telefonista que le pusiera con su casa.

Peggy le anunció:

—Señor King, el señor Hammond quería verle tan pronto llegara.

—Bueno, llamaré a casa más tarde.

Depositó la maleta en un rincón y entró en el despacho de su jefe. Los dos abogados estuvieron tratando durante media hora del asunto que había llevado a Harry a Chicago. Hammond aprobaba la destreza de su ayudante con explícitos gruñidos y sacudidas de cabeza.

—Y así es cómo pudo envolverle —concluyó Harry—. No tenía salida ni sitio en que revolverse. Habló a los clientes y todos firmaron en la línea punteada.

—Muy bien, muy bien, Harry—le felicitó Hammond.

Harry aspiró aire con fuerza, apoyó ambas manos en la mesa de su superior y le disparó a quemarropa:

—Y ahora, señor Hammond, ¿me subirá el sueldo?

Hammond puso la cara de quien recibe un puñetazo en el estómago y se dejó caer contra el respaldo de su butaca. Era aquella una cuestión espinosa. Resultaba grato tener dos abogados jóvenes, emprendedores e inteligentes como

Harry y Bill a un módico precio, que él procuraba mantener a toda costa. Afortunadamente, podía desviar entonces la petición, gracias a Clarence.

Después de dar varias chupadas a su cigarro, Hammond dijo lentamente, eligiendo con cuidado sus palabras:

—Primero que hablar de eso, Harry, hay algo de carácter personal... algo muy desagradable que... que creo mi deber informarte.

La sonrisa se borró del rostro de Harry.

—No comprendo lo que quiere decir.

—Aludo a ese... ese Belvedere.

Harry enarcó las cejas y protestó:

—¿Belvedere? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Hammond le indicó con el gesto que ocupara el lujoso sillón reservado a los clientes, meditó un poco más y explicó paternal, pero firmemente:

—Ha llegado a mis oídos, Harry, que durante su ausencia, su esposa y... este Belvedere... Parece que se han divertido de lo lindo...

LA DERROTA

Belvedere estaba sentado correctamente en una silla alta, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas. No pestañeaba siquiera. Tacey le estudiaba de vez en cuando y cambiaba después algunos rasgos del busto que estaba modelando: el busto de Belvedere. La obra tenía un gran parecido con el original, salvo en la nariz. Edna, que asistía a la sesión artística, estaba extasiada.

—Tacey, lo encuentro estupendo, pero, ¿crees que has hecho realmente justicia a su nariz? — se atrevió a insinuar Edna.

—¿Quieres esperar hasta que lo acabe?—rogó Tacey, algo molesta por la precipitada crítica.

Edna se encaró con el imposible Belvedere y aseguró:

—Es encantador por su parte, señor Belvedere, dar a Tacey una oportunidad de hacer práctica.

—Mis motivos, señora Philby—repuso Belvedere—, no son desin-

teresados. Algún día necesitarán mi busto para ponerlo en el museo.

Edna fué acometida por un ataque de tos y cambió una maliciosa mirada con Tacey, que, más al corriente del peculiar carácter de su "niñera", reprochó sin enfadarse.

—La única virtud que le falta, señor Belvedere, es la modestia.

—Yo no la considero una virtud—contestó Belvedere.

—Yo sí. Esto es lo que me gusta de Harry. ¡Es tan modesto!

—Su esposo tiene razón para sentirse modesto—dijo Belvedere.

Edna se apresuró a intervenir para cambiar de conversación.

—¿Sabes? Estoy asombrada de verte coger un montón de barro, manosearlo y lograr que se parezca a una persona.

—Señoras, por favor—protestó Belvedere—. ¿Podrían tener menos conversación y más escultura?

—Sí, señor. Está bien—contestó Tacey, volviendo a su trabajo.

—Esto es muy cansado—explicó Belvedere, con cierto aire de mártir.

—Lo siento. Es culpa mía—se acusó Edna, poniéndose los guantes—. Sólo pensaba haber estado un momento. Me voy. Adiós, señor Belvedere. Hasta luego, preciosa.

Tacey y Belvedere estuvieron un rato sin decir nada. Las manos de la joven se movían con destreza, retocando algunos detalles. Después, retrocediendo un paso, para contemplar el original y su obra, exclamó disgustada:

—La mandíbula no está bien.

—Mi mandíbula es perfecta —replicó Belvedere sin volver la cabeza—. Su reproducción es deficiente. Está claro que nunca ha estudiado anatomía.

—¿Y usted?—se picó Tacey, limpiándose los dedos con un trapo.

Belvedere lanzó un suspiro de cansancio, como fatigado de que la gente lo supiera más ignorante de lo que... ¡El era un genio! ¡Un genio universal!... Ni un músculo de su cuerpo se movió, cuando le anunció doctoralmente:

—Yo he diseccionado muchos cadáveres.

Tacey tornó a su trabajo. Belvedere extendió, unos minutos más tarde, la diestra hacia ella y le ordenó:

—Venga. La mano, por favor. Ponga los dedos en la base de la mandíbula. Así encontrará dónde se mueve el músculo orbicular...

Palpó Tacey interesada la parte inferior de la cara de Belvedere, notando el indeseado a que se había referido la "niñera". Después, Belvedere le indicó que le cogiera el rostro entre sus dos manos y le explicó el funcionamiento muscular de las mandíbulas. Así siguió la lección...

Entretanto, llegó Harry y contempló airado la escena. ¡No le habían mentido! Las relaciones entre su esposa y Belvedere eran más que culpables. Crispando los puños, pero consiguiendo contenerse, avanzó un paso hacia los desaliados y exclamó:

—¡Vaya!... ¡Es una escena encantadora!

Tacey y Belvedere se separaron con una dignidad y falta de apresuramiento, que chocó al esposo, quien siempre imaginara que los culpables de adulterio se portaban de otra manera al ser sorprendidos. Demostraron, eso sí, una gran

sorpreza, pero no perdieron los estribos.

Tacey corrió hacia él, gritando encantada:

—¡Harry!... No te esperaba hasta esta noche.

Harry apartó la cabeza, y el beso que iba destinado a una de sus mejillas se perdió en el vacío.

—Naturalmente—dijo en son de escarnio—. ¿Te importaría decirme qué es lo que estabais haciendo?

Tacey se dispuso a informarle, pero Belvedere, abandonando su silla, se le adelantó:

—Estaba permitiendo a su esposa que me masajeara la laringe. Y debo añadir, señor King, que su... saludo a su esposa es apenas cordial, casi frío.

—Usted no se meta en esto—le mandó Harry—. Saludo a mi mujer como quiero.

Belvedere se encogió de hombros y le dio la espalda. Tacey se interpuso entre los dos hombres y preguntó extrañada:

—¡Harry!... ¿Qué te pasa?

Harry hundió las manos en los bolsillos del pantalón y relató:

—¡Oh! ¡Está muy bonito! A los diez minutos de llegar, Hammond

me arma un escándalo sobre lo que se murmura diciendo...

—¿Murmura? — le interrumpió Tacey, irguiéndose—. ¿Qué murmuración? ¿De qué estás hablando?

—De los chismes sobre ti y Belvedere, de esto es de lo que estoy hablando. ¡Y no me importa añadir que ponen en peligro mi porvenir!

—Acaba de hablar — le animó Tacey furiosa—. No estamos en un juicio.

—Mira una cosa, Tacey...—chilló Harry.

—No me levantes tanto la voz! —mandóle Tacey.

—La levantaré hasta el techo si quiero...

—¡Muy bien!—gritó Tacey a su vez.

Harry se arrepintió de su exabrupto y moderó un poco la fuerza de su expresión. Presentía que andaba sobre hielo quebradizo y que, de un momento a otro, iría a caer en agua helada.

—Tacey... yo... estoy dispuesto a creer que todos estos rumores respecto a esa orgía alcohólica en ropa de dormir con Belvedere son algo exagerados, pero yo...

Belvedere y Tacey se miraron y

el gesto tuvo un aire de intimidad que desagradó a Harry. Tacey dio una palmada y exclamó:

—¡Ya está! Sí. El señor Appleton te contó...

—Pero, ¡cielos! — se impacientó Harry—. Cuando entré en casa hace un momento, estabas casi sosteniéndole en tus brazos.

—¡Por el amor de Dios! — suspiró Tacey—. Ya has visto lo que hacía.

—Se limitaba a examinar mi buena estructura—añadió Belvedere con su conocida modestia.

—¡Usted se calla y escucha! — rugió Harry.

—Ya he estado escuchando—repuso Belvedere—. Y lo que oigo es a un típico marido pueblerino, reaccionando de una manera típicamente estúpida, ante una típica tormenta en un vaso de agua.

—Tiene razón — aseveró Tacey. —Y en cuanto a esta alegre orgía de que me estás hablando, Tony nos hizo levantar a medianoche porque le dolía el vientre. Vine corriendo desde casa de Edna y no hacía media hora que estaba aquí, cuando ese horrible bicho de Appleton vino a fisionear.

Harry se dejó caer en un sillón, entre confuso, agradecido y belli-

coso. Digirió la aclaración de su esposa con alguna dificultad. Había estado haciendo el ridículo. No dudaba de la veracidad de Tacey y de Belvedere.

—¡Oh, claro, ya imaginaba... que era algo parecido! Mira, confieso que todo esto es una tontería...

—Muy tonta—apuntó Belvedere.

—Pero...

—Sigue—le animó Tacey.

—Pues estaba pensando que tal vez sería mejor para todos si... si el señor Belvedere se buscara otro empleo.

—En otras palabras — exclamó Tacey rabiosa —: para satisfacer la malicia del señor Hammond, del señor Appleton y su horrible madre, quieres dar la patada al señor Belvedere.

—En una palabra: sí—confesó Harry.

—¿Es esa su última decisión, señor King?—indagó Belvedere.

—Sí, lo siento, pero... es definitivo.

Larry y Tony penetraron corriendo en la sala y cogieron a su padre de los brazos, de los cuales tiraron mientras suplicaban al unísono:

—¡No, papá! ¡No! ¡Deja que se quede!

—¡Por favor, papá!

Belvedere triunfaba al ver atacado a Harry por todos los lados. Ordenó a los niños con recordación:

—¡Ghist! ¡Calma, calma! Vuestro padre no es el tipo de conmoverse por sentimentalismos ridículos.

Harry le dedicó una mirada asesina. Tony, soltándole el brazo, se precipitó sobre Belvedere, cuyas piernas abrazó, impetrando:

—¡No se marche, tío Lynn!

Belvedere frunció el ceño de una manera espantosa y, obligando al muchacho a que levantara el rostro hacia él, le regañó:

—¡Que no os vuelva a oír en toda vuestra vida llamarme tío!... Por más esfuerzos de imaginación que hago, no puedo ser pariente vuestro. Mi nombre es señor Belvedere, ¿está claro?

—Sí—murmuró Tony.

—Sí, señor—corrigió Belvedere.

—Sí, señor—repitió Tony obediencientemente.

—Así está mejor—aprobó Belvedere.

Era la primera vez que Harry veía a Belvedere en funciones de pedagogo y sintió que el asombro le pegaba la lengua al paladar, al paso que experimentaba una rara desazón ante el cariño que sus hijos tenían al insostenible "genio".

Súbitamente, un desgarrador alarido se elevó en el umbral de la sala. Los presentes volvieron asustados la cabeza en aquella dirección. Allí estaba Roddy sentado en el suelo, llorando a moco tendido.

—¿Qué diablos le pasa al pequeño?—se aburró Harry.

—Los niños son psicólogos, señor King—le informó Belvedere—. Está presintiendo un desastre.

Roddy proseguía su ensordecedor llanto. Harry se apretó las sienes entre las manos y pateó la alfombra. Unos segundos después levantaba la cara y anunciaba desesperado a la concurrencia:

—¡Esta bien! ¡Sé cuándo estoy vencido!... ¡De acuerdo, de acuerdo!... ¡Que se quede!... ¡A callar!

SEGUNDO ESCANDALO

Las críticas que Edna y Tacey formularon acerca de la conferencia sobre psicología infantil, pronunciada por una solterona, que acababan de oír, hubieran hecho las delicias de un periodista hiperbólico, y buena parte de ellas correspondió a Harry, que las había convencido de asistir a aquella exhibición de ignorancia humana.

—Hablando de otra cosa, ¿no tienes hambre?—preguntó Tacey, en el momento en que cruzaban el vestíbulo del hotel, donde se había celebrado la conferencia.

—Sí, y sed también. ¿Y si entráramos aquí a tomar algo?—propuso Edna.

Se refería a un elegante salón de té-danzante, que había al otro lado del "hall", por cuya amplia puerta era posible distinguir a los bailarines evolucionando en la lustrosa pista.

—Será bastante caro, ¿no crees?—estimó Tacey previsura.

—Sí, pero la música lo vale. Vamos, entremos; no seas tonta.

Tacey se dejó convencer fácilmente y penetraron en el salón de té. Acudió un "maitre" y las pilló hasta una mesa, cercana a la pista de baile, desde la que era posible contemplar todo el recinto y una buena porción del vestíbulo.

Unas mesas más allá, sosteniendo una animada conversación referente a unos papeles puestos sobre el mantel, estaban Belvedere y Peggy, la bonita telefonista del bufete de Hammond. Belvedere iba elegantemente vestido y se conducía con una soltura digna de envidiarse.

Peggy recogió los papeles y se los entregó a su pareja. Belvedere los estaba guardando en su bolsillo, cuando la telefonista miró a su alrededor y exclamó:

—Mire, señor Belvedere: la señora King y la señora Philby.

—Sí, son ellas—dijo Belvedere. Peggy se puso de pie y anunció:

—Buena, será mejor que no nos vean juntos. Me marchó.

—Es usted prudente para sus años, hija mía—aprobó Belvedere, incorporándose a su vez—. Y gracias por estas notas. Tienen mucho valor para mí. Es usted una alma de infirmos.

—No tiene importancia. Me voy. Y gracias por su amable invitación.

Así que Peggy se hubo ido, Belvedere tornó a sentarse, se acomodó en la mesa y fijó insistentemente sus impenetrables pupilas sobre las dos jóvenes señoras.

Estas, después de encargar una consumición, examinaron la sala. Como había de ocurrir, Tacey descubrió a su "niñera", que las sonreía desde su mesa.

—Mira—aconsejó a Edna.

—Vaya... ¡qué picaón! — se asombró Edna—. Es muy gracioso.

—Me he preguntado muchas veces qué hace en sus noches libres—afirmó Tacey, intrigada por la

presencia de Belvedere en el lujoso establecimiento.

—Viene hacia aquí... Nos haremos las distraídas... No querrás que las lenguas vuelvan a desatarse.

—Por el contrario. Me gustaría hacer algo para que trabajen—repuso Tacey, con las pupilas brillantes.

Belvedere ya había llegado a su mesa y, después de deseárselas buenas noches, pidió permiso para hacerles compañía, a lo que las maliciosas damitas accedieron.

—Yo... yo supongo que debo de aclararles que siento no haber pensado ni presumido nunca pagar sus consumiciones—dijo Belvedere.

—Estamos de acuerdo con eso—le tranquilizó Tacey—. Edna y yo vamos siempre a medias.

Edna agitaba la cabeza al compás del "fox" interpretado por la orquesta. Cerrando los párpados, suspiró:

—¡Qué bonita música están tocando! Me encanta el baile, pero Bill lo aborrece.

—Igual que Harry—aseveró Tacey, e indagó por pura malicia—: ¿Y usted baila, señor Belvedere?

—Le hago extraordinariamente —contestó Belvedere.

—Me figura que aprendió con Arturo Murray —se burló Edna.

—No. Yo enseñe a Arturo Murray —corrigió Belvedere y se levantó, diciendo: —¿Le gustaría bailar, señora King?

—Sí, encantada.

—Perdóneme —rogó Belvedere a Edna, que cambió una mueca de diversión con Tacey.

Perq Edna y Tacey se vieron defraudadas en sus suposiciones. Belvedere, verídico una vez más, bailaba maravillosamente y su pareja tenía que poner los cinco sentidos en los pies para seguir sus "pasos".

Clarence Appleton y su madre habían asistido también a la conferencia de psicología infantil. Se marcharon los últimos para tener ocasión de encomiar entusiásticamente a la conferenciante sus descarriados y soporíferos conceptos. Clarence empujó el silloncito de ruedas materno por el vestíbulo y se detuvo curiosamente ante el salón de té. Su mandíbula se desencajó al ver cierto par de bailarines...

Belvedere y Tacey, como lo exigía el ritmo del baile en aquel mo-

mento, habían juntado correctamente las mejillas y giraban sobre sí mismos en un espacio inverosímilmente pequeño.

—Señor Belvedere, baila divinamente —felicitó Tacey.

—Sí, lo sé —convino Belvedere.

Se apartó de Tacey y dió unos pasos de rumba sueltos. Clarence y su madre estaban embobados. Habían echado materialmente raíces en el vestíbulo. Unas personas que entraron en la sala de té les sacaron de su fascinación. Entonces, Clarence empujó el sillón de ruedas de su madre a una velocidad astral...

Tacey entró de puntillas en la alcoba. Harry se agitó en el lecho, medio dormido, y su esposa fué a sentarse en el borde del miamo, encendió la luz y sacudió a su marido.

—¡Hola, cariño!

—Llegas tarde, ¿no crees? —murmuró Harry entre dos bostezos.

—Verás, tenemos hambre y fuimos a tomar café —empezó a explicar Tacey muy excitada: —Y... ¿no sabes una cosa?

—¿Buena conferencia? —quiso saber Harry, cambiando de posición.

—Horrible.

—Entonces, ¿por qué has tardado en volver?

—Pues si te vuelves y me escuchas, te explicaré la razón.

—¡Oh, no! ¡Tengo sueño!

—Pero, hombre, si quiero contarte lo que ha pasado.

—Me lo contarás mañana.

—Lo que quieras — suspiró Tacey —. Que duermas bien...

Soltó el brazo de Harry y apagó la luz. Un segundo después, ambos dormían.

A las diez de la mañana siguiente, el señor Horacio Hammond ordenó perentoriamente a Harry que fuese a su despacho. Cuando el joven estuvo en su presencia, Hammond le indicó que ocupara el sillón de los clientes, eligió cuidadosamente un cigarro y dijo:

—Harry, la firma Horacio J. Hammond y asociados tiene un buen nombre en esta comunidad.

—Sí — murmuró Harry, consternado.

—Yo considero imprescindible que todos los empleados de la firma... y sus familias... no den jamás pie a la murmuración escandalosa...

Harry se levantó de un brinco,

con el rostro pálido de ira, y gritó:

—¿Está usted insistiendo en aquellos estúpidos rumores que hubo estando yo en Chicago?

—No hablo de eso — respondió Hammond tristemente —. Eso fue hace ya tiempo. Me refiero ahora a un incidente que tuvo lugar ayer noche... deplorable incidente que acaba de llegar a mis oídos...

—Relativo a quién?

—Relativo a su mujer, Harry, y... relativo a ese Belvedere que ustedes albergan...

Otra vez se incorporó Harry, ahora carmesí de rabia, y tronó:

—¡Mire usted, señor Hammond, esto es ir demasiado lejos!

—Séntese un momento, Harry — suplicó Hammond, con acento más triste todavía —. Le proporcionaré varios detalles... Harry, me duele mucho tener que decirle esto, pero...

En la cocina, Tacey pelaba una patata y Belvedere cortaba la lechuga de la ensalada, cuando compareció ante ellos Harry, con la expresión de un acreedor defraudado durante diez años. Se plantó ante su mujer y la miró. Se volvió hacia Belvedere y la miró. Des-

pués... se puso en jarras y no dijo nada.

—Hola, cariño! Llegas pronto hoy—comentó Tacey.

—Por qué no me has dicho que bailaste con este hombre ayer por la noche?—chilló Harry, señalando a Belvedere con el pulgar.

Belvedere, cosa rara, estaba sonriendo. Tacey abandonó la palata en la fregadera y se encaró de nuevo con Harry.

—¿Qué te han dicho ahora? —preguntó hastiada.

—Contéstame a esto. ¿Por qué no me lo dijiste?—insistió Harry.

—Porque estabas dormido y antipático cuando llegué a casa y no quisiste oírlo. Yo quise decirte.

—¿Y por qué no me lo has dicho esta mañana al desayunar?

—Estaba dormida y antipática como tú.

—Nuestro encuentro fué pura coincidencia, señor King —terció Belvedere—. Pero muy divertido.

—Entonces, ¿lo confiesa? —se horrorizó Harry.

—Desde luego—aceptó Belvedere.

—Puedes creerlo. Baila como un maestro—aclará Tacey.

—¿Y a mí qué me importa, aunque lo haga como Fred Astaire! Y

yo, ¿no bailo? —vociferó Harry, echándose el sombrero hacia la coronilla.

—Tú bailas muy mal, cariño—repuso Tacey.

Esta sarta se clavó hondamente en el corazón de Harry y produjo un nuevo motivo de ofensa. Por fin lo expuso:

—Oyeme, Tacey, tu conducta me pone en ridículo ante todo Hummingbird Hill. Mira... el señor Hammerel me ha planteado el ultimátum de que si yo no...

Descubrió a Belvedere, sonriéndose ampliamente de él, una sonrisa de piedad y de malicia. Indignado, aconsejó:

—¡Acabe de cortar la lechuga!

—La vida sigue, señor King —contestó Belvedere, alzando la barbilla beatíficamente.

—Bien, pero no será con usted en esta casa—anuncióle Harry.

La injusticia de sus palabras dobló a Tacey, que intervino:

—Es mejor que te domines y nos pidas perdón por esta... ridícula escena.

—¡Pedir perdón! —bufó Harry.

—¿Que yo pida perdón porque sepa vuestras indiscreciones?

Tacey, al rojo vivo a causa de

la ira, empezó a desafiarse el delantal diciendo:

—Está bien. Hasta que no recobres el sentido común y no permitas que el señor Hammond se meta en nuestra vida, cogeré a Roddy y me iré a casa de mamá.

—¡Vete en seguida!—chilló Harry—. ¡A mí me importa un pepino!

Tacey corrió hacia la puerta, pero se detuvo esperanzada en el umbral al oír decir a Belvedere:

—Sería difícil decir cuál de los dos se porta más estúpidamente, pero, señor King, creo que usted va descaminado.

—¡Usted no se meta en esto!—bramó Harry.

—Harry, oyeme... —comenzó a explicar Tacey.

—¿Aun estás aquí?—se sulfuró Harry—. Creí que ya te habías ido a casa de tu madre.

—Está bien. Ya que deseas que me vaya, me iré—gritó Tacey, enjugando la cabeza y marchándose definitivamente.

—Eso es exactamente lo que te pido—aulló Harry tras ella.

Hubo después unos instantes de

calma. Con los nervios en tensión, Harry se mordió los labios, en realidad, sin saber qué hacer, demasiado orgulloso para arrepentirse. Belvedere seguía cortando plácidamente la lechuga. Harry se enfrentó con él y le acusó:

—Bueno, ya ha destruido usted mi hogar. Supongo que estará satisfecho.

—La estupidez nunca me produce gran satisfacción, señor King—le informó Belvedere glacialmente.—Su mujer tiene razón. Debe pedirle humildemente perdón.

—Si piensa que voy a arrastrarme de rodillas para pedirle perdón, está equivocada por completo. Hoy me voy a emborrachar de lo lindo.

—La borrachera es una forma de olvido preferida por los deficientes mentales—comentó Belvedere, sin referirse a nadie en particular.

—¡Oh!—exclamó Harry.

Titubeó unos instantes y se marchó dando un portazo. Si se quedaba un momento más, Belvedere o él acabarían con un ojo amoratado.

TERCER ESCANDALO

Pasó una semana...

Tacey, en casa de sus padres, a los que había revelado a medias la verdad, con la vana ilusión de engañarles, esperaba inútilmente una carta o una llamada telefónica de Harry. El silencio de éste era tan obstinado como su intención de no dejar que la luz de la razón se adentrara en su cabeza.

Por último, cierta mañana, antes de salir de pesca, la madre de Tacey puso las cartas sobre la mesa. Quería saber lo que estaba ocurriendo. Tacey, sorprendida por lo inesperado de la pregunta, tragó saliva y se asombró:

—Ya veo que nunca os he podido engañar.

—No, hija—aseguró su madre.—A veces pudiste cegar los ojos de tu padre, pero nunca los míos.

—Te lo diré—se decidió Tacey.—Hemos reñido.

—¿Por ese señor Belvedere?

—Sí. Harry es un estúpido. Es-

taba trastornado por las sospechas y celos. Hubiera querido retorcerle el cuello.

—Cuando una mujer quiere retorcer el cuello a su marido, generalmente es culpable — indicó su madre.

—Bueno, es igual—repuso Tacey, ruborizándose—. He podido telefonar o escribirme una carta.

—Tú eres la que se ha marchado—acusó su madre—. ¿Le has telefonado por lo menos?

—¿Después de todo lo que me dijo?

—No seas tonta. Llámale tú.

—¿Yo? ¿Por qué? Casi... casi llegó a acusarme de...

Su padre plegó el periódico y sonrió, estudiándola por encima de sus gafas y diciendo:

—Comprendido: perdió los estribos.

—Harry fué siempre igual, hija. Un impulsivo—palló la madre.

Tacey se levantó del diván, mo-

neando la cabeza. Las palabras de sus padres eran muy sensatas, e incluso aceptables, si no mediara su negra honrilla. Para terminar aquella dolorosa conversación, dijo:

—Podéis iros si queréis a pescar. No os preocupéis de mí. Me quedará aquí con Roddy. Estamos muy bien.

Una escena paralela a ésta sucedía en Hummingbird Hill. Harry, de regreso del trabajo, en sus melancólicos paseos por la casa, descubrió a Larry sentado, no menos melancólicamente, al pie de la escalera. Harry se quitó la pipa de la boca e investigó:

—¿Qué es lo que te pasa a ti? ¿Terminable ya tus deberes?

Inclinó el niño la cabeza y preguntó tristemente:

—Papá, ¿cuándo vuelve mamá?

Harry hubiera dado su brazo derecho por saberlo. Mordió con fuerza la boquilla de la pipa y masculló vagamente:

—¡Oh, no sé! Dentro de unos días.

—¿Por qué se ha ido?

—Porque echaba de menos a la abuela.

—Pues yo echo de menos a ella. Y Tony. ¿Y tú?

Harry ocultó su cara con una bocanada de humo y refunfuñó:

—¿Por qué no te vas a tu cuarto? Es hora de acostarse.

Larry empezó a subir la escalera. Se paró en el primer rellano y le consultó con un aire muy raro:

—Papá, ¿qué es un acémila?

—Un animal no muy espabilado. Ya sabes: un burro. ¿Por qué lo preguntas?—indagó al ver chispear los ojos de Larry.

—Porque alguien dijo que tú eras un acémila.

Harry frunció el ceño y exclamó:

—¿Quién lo dijo?

—Pues...

Enmudeció el niño al ver pasar junto a ellos a Belvedere y continuó su camino hacia el piso. Harry detuvo a Belvedere, que ya estaba junto a la entrada de la casa, y le acusó:

—¿Ha dicho usted a mis hijos que soy un acémila?

—Le aseguro que no, señor King—replicó Belvedere con sorna—, pero si quiere guardarlo secreto, no debe portarse como tal. Siga mi consejo; entierre su estúpido orgullo y telefonee a su mujer.

Este saludable consejo no era bien recibido por Harry, tanto más

cuando provenía del causante de todo el lío. Cerró, pues, el joven energicamente los puños y contestó:

—Cuando quiera consejos, ya se los pedire.

—Buenas noches—deseó Belvedere, saliendo al porche.

—Buenas noches—respondió Harry, manteniendo abierta la puerta—. Y no se moleste en volver como no sea por su ropa. Está despedido.

Belvedere se le acercó lentamente, con una sonrisa burlona.

—Usted no pensará así, señor King. Tenga en cuenta que, en ausencia de su señora, no puede hacer nada sin mí.

La verdad de esta afirmación fue una bofetada para Harry. Adelantó belicosamente la barbilla y le amenazó:

—Tengo ganas de probar la dureza de su nariz... como cuestión de principio.

—Hace falta mucha habilidad para poder conseguirlo—respondió Belvedere friamente.

El puño de Harry salió disparado como un cohete hacia el rostro de Belvedere... Más exactamente, hacia el lugar donde había estado, pues la "niñera", con una agilidad

desconcertante, esquivó el golpe... El puño de Harry chocó contra la jamba de la puerta, que podía competir en dureza con todas las clases de mármol habidas y por haber.

Belvedere se quitó el sombrero y dijo:

—Se me olvidó advertirle que, en mi juventud, fui un experto en el arte del pugilismo.

La bomba estalló unos días más tarde. Fue una bomba muy curiosa, que había adoptado el inocente aspecto de un libro, en cuya portada, aparte de leerse el título de "Hummingbird Hill", veíase una especie de caricatura de tal barrio, adornado con un par de monstruosas orejas... Pero lo más excepcional era el nombre de su autor, un nombre que arrancó un grito de asombro, de rabia y... muchas maldiciones: Lynn Belvedere.

Hummingbird Hill había estado amparando una ponzosísima vihora en su seno.

La obra firmada por el auxiliar doméstico de los King era la más descarada, salvaje, inteligente y satánica sátira que se ha escrito desde que el mundo es mundo. En todo el país vendióse el libro como

pan bendito; no obstante, los avis-
pados editores, que se felicitaban
por su acierto, comprobaron que el
volumen de venta alcanzaba su
grado más elevado precisamente
en el lugar satirizado.

Se vendieron varias ediciones en
un par de días y el escándalo que
se produjo fué terrible. Todos los
habitantes de Hummingbird Hill,
cuya conducta, orgullo, defectos
morales, presunción, etc., les ha-
cían conspicuos, tenían cabida en
aquellas diabólicas páginas y, al
recorrerlas, si bien de un lado se
celan de la exactitud de la descrip-
ción y de la sal ática de Belvedere
de otro maldecían a éste con tanta
cordialidad como cabe en una per-
sona al que un cerebro lúcido ha
puesto al descubierto.

Belvedere se enriquecía y tam-
bién los médicos y los abogados.
Clarence Appleton, quizá el prota-
gonista de aquella obra sin pro-
tagonista, devoró materialmente el
libro, hasta que encontró a su ma-
dre desvanecida a causa de un sín-
cope.

El señor Hammond, propietario
de otro ejemplar, salió hecho un
torbellino de su despacho y ordenó
a una de sus secretarias:

—Tráigame todos los libros so-

bre la ley de los libelos y diga al
señor King que quiero verle en se-
guida.

Se encerró, de un portazo, en su
oficina. Peggy y las dos secretarias
compartían otro ejemplar de
"Hummingbird Hill".

—¡Eh, chicas! ¡Fijaos en esto!
—gritó Peggy, señalando una pá-
gina—. Este capítulo sobre el se-
ñor Gammond, Horacio J. Gam-
mond...

—Podía hacerlo más disimula-
do, ¿no crees? —comentó una se-
cretaria, riéndose a mandíbula ba-
tiente.

—Habla de que el señor Gam-
mond hace gimnasia persiguiendo
a las empleadas alrededor de las
mesas para pellizcarlas.

—¡Caramba! —se sorprendió la
otra secretaria—. ¿Cómo ese señor
Belvedere sabe esto?

Peggy optó por no declarar cuál
era la fuente de aquellos conoci-
mientos. Soslayó:

—Pero es así, ¿no es cierto? Tie-
nes cardinales todavía.

—Espera a que la señora Ham-
mond lo lea.

—Bien —rugió Hammond, al
sorprenderlas leyendo—. ¿Qué hay
de los libros?

—Sí, señor Gammond... Ham-

mond... se aturrulló la secretaria.

La librería de Della estaba llena de bote en bote. La gente disputaba para obtener un libro. El procedimiento de adquisición resultaba, no obstante, muy sencillo: bastaba con acercarse al mostrador e, informado el cliente por Della de que su nombre era mencionado en la obra, el resto de los compradores dejaba paso libre al afortunado desventurado personaje.

Así McPherson se enteró de que le acusaban de borracho y la señora Taylor de que su esposa mantenía relaciones extracomerciales con una empleada de una florería. Y ambas víctimas se pusieron en inmediato contacto con sus abogados.

Tacey se enteró de la publicación del libro por un anuncio que vio en una revista. Se maravilló de la astucia de Lynn Belvedere y supuso que a su familia también le tocaría buena parte de ironía. Pensó en Harry y abandonó la revista. Sonó el teléfono. Era Edna que, con Bill, deseaba hablar con ella.

—¿Eres tú, Edna? —se alarmó Tacey—. ¿Es que ocurre algo?

—¿Que sí ocurre...? Chica, de verdadera tragedia —rió Edna—. No te pongas nerviosa... No hay

nadie enfermo; no, no... Es del precioso señor Belvedere. Tiene a toda la ciudad alborotada. Ha escrito un libro.

—Sí, lo sé. En este momento has leído el anuncio.

—Pues... En primer lugar, Harry está despedido... ¿Por qué? ¿Por amparar a Belvedere, figúrate!

—Habla de mí —murmuró Bill a su esposa.

—¡Ah, sí! —continuó Edna—. Y cuando Bill trató de defender a Harry lo despidió también.

Tacey exhaló un gemido. La habitación parecía bailar ante sus ojos.

—¡Dios mío! —exclamó—. Bien, déjame hablar con Harry... Ponme con él... ¿Qué?... Pero, ¿dónde está?

—No sabemos. No está en casa. Ha ido probablemente a buscar a alguien con quien llorar. Bill dice que... —Edna apartó apresuradamente el teléfono de su oído y sonrió a su esposo: —Hizo efecto. Dijo adiós y colgó el teléfono.

Carver Lane era un hervidero de gente, que hubiera asaltado el hogar de los King, de no contenerla la policía. Los periodistas estaban en el jardín, esperando turno para entrevistar al célebre autor. La sala

había sido invadida por un equipo cinematográfico que se disponía a impresionar unos cuantos metros de película con la imagen de Belvedere.

Este, correcto y fejo, como siempre, tenía un libro bajo el brazo, observaba a hurtadillas a Harry, que parecía un perro apalcado en medio del tumulto.

El operador acabó de colocar las luces y declaró al director que estaban listos. Este atrajo a Belvedere con un ademán y le explicó:

—Ahora, señor Belvedere, pasará detrás de la cámara y le haré a usted unas cuantas preguntas. Usted contesta con mucha naturalidad y...

—Joven, no necesito instrucciones —le interrumpió Belvedere—. He dirigido muchas películas.

—Perdone, no lo sabía —se excusó el director.

Empezaron a "rodar". Belvedere se burló y esperó las preguntas.

—Señor Belvedere, díganos, ¿cómo ha escrito usted este libro?

—Lo escribí con pluma de ave.

—Ahora comprendo por qué no oíamos ruido —murmuró Harry, pensando en Tacey.

Tacey había saltado, en aquel instante, de un taxi llevando a

Hoddy en sus brazos. Cuando hubo logrado penetrar en el jardín, hendiendo a los curiosos, Larry y Tony se precipitaron hacia ella, exhalando gritos de alborozo. Tacey los besó, muy emocionada.

—Señor Belvedere —próseguía en la casa el director—, los críticos de todo el país han dicho unánimemente que su novela es la obra maestra de un genio.

—Están en lo cierto —repuso Belvedere.

—¿Qué opina usted de ellos?

—Que se mostraron bastante moderados.

El murmullo con que fué acogida esta afirmación fué dominado por un grito de placer de Larry, que, arrastrando a su madre de la mano, penetraba en la casa.

—¡Papá! ¡Mira!... ¡Es mamá!

—¡Caríño! —chilló Harry, corriendo hacia ella.

—¡Silencio! ¡Estamos rodando! —rugió el director, mientras los King se abrazaban.

—¡Corten! —mandó Belvedere imperiosamente.

Despreciando las protestas del equipo cinematográfico, se acercó al matrimonio, sonriendo francamente. Tacey se apartó de Harry y le amonestó:

—Señor Belvedere, no sé si debo felicitarle o si debo...

—Escupirme en la cara — completó Belvedere.

—Bueno... Sí — concedió Tacey, recobrando su buen humor.

—Señor Belvedere — gimió el director —, por favor, no hemos terminado.

—Está usted equivocado, joven pelicularo — replicó Belvedere —. Ya ha pasado demasiado rato.

Los planes del director, tan cruelmente zaherido por la "miseria", acabaron por verse desbaratados con la llegada de Edna y de Bill. Tacey y su amiga subieron al piso para poder hablar a sus amigas, y Harry y Belvedere se encargaron de expulsar a los reporteros cinematográficos.

Poco a poco, a medida que los cables y proyectores iban siendo recogidos, la normalidad renacía en la casa. Belvedere comunicó a Harry:

—Es una de las plagas de la fama, señor King.

—Pero yo no soy famoso — contestó Harry.

—Lo será usted — aseguró Belvedere —. Mi libro le ha hecho inmortal.

Harry estaba a punto de hacer

a Belvedere unas indicaciones sobre la virtud de la modestia, pero le impidió la brusca entrada de un alud de hombres excitados y amenazadores, compuesto principalmente de Hammond, Clarence, McPherson y Taylor, que, profiriendo amenazas, rodearon al autor. Antes de que pudieran hablar, Harry intervino.

—¿No se descubre usted cuando entra en una casa extraña? — le terpeló a Hammond.

—No me hable en ese tono — gritó su ex-jefe.

—Le hablo en el tono que quiero. Estoy despedido, ¿recuerda?

—¿Lo ha oído usted? — intervino Bill, arrancándole el sombrero de un manotazo.

Este breve, pero enérgico diálogo, concentró más aún la ira de Hammond. Belvedere, con su imperturbable porte, se había aproximado al grupo, y entonces Hammond le alargó un documento cargado de timbres.

—Tengo el inmenso placer de entregarle personalmente esta citación — rugió el abogado.

¿Citación? — replicó Belvedere —. ¡Vaya! ¡Qué interesante!

—Le demando en ella por un millón de dólares por difamación.

—¡Espléndido! Es una bonita suma — aprobó Belvedere.

Entonces, Clarence, McPherson, Taylor y otros personajes que aparecían en su libro, le comunicaron en decisión de demandarle también.

Belvedere irradiaba satisfacción y anunció irónicamente:

—Excelente... Tanta popularidad no logrará sino aumentar la venta de mi libro, si es posible — se volvió hacia Harry y Bill —: ¿Les interesaría, jóvenes, actuar de abogados míos en estas amenazas de demandas?

Harry y Bill se miraron destumbrados por la oferta.

—De acuerdo —contestó Bill—. Los despachos King & Philby abrirán mañana por la mañana.

—Y se encontrarán recargados de trabajo, porque estamos dispuestos a demandarle a usted y a todos los que han proporcionado esos informes difamatorios — tronó, despechado, Hammond.

—¡Buena idea! —celebró Belvedere—. Hay que ir siempre al manantial, ¿Ha pensado alguno de ustedes quién podía ser este manantial? ¿Quién es la persona que sabe todo de todos en Hummingbird Hill? ¿Quién es el que duran-

te años ha tenido la repugnante costumbre de busmear y murmurar entre sus vecinos?

Todos los ojos se clavaron en Clarence, que se encogió, en tanto que, haciendo un esfuerzo, protestaba con simulada dignidad:

—¡Oh, esto es ultrajante! ¿Está usted insinuando que yo he podido ser su... colaborador?

—No sea presuntuoso —replicó Belvedere—. Déjeme que lo explique para que usted lo entienda. Usted ha esparcido el polen y... yo lo he recogido.

—Pero yo... pero, ¡esto es fantástico! —protestó Clarence viendo las caras de sus vecinos—. ¡He sido peor tratado en el libro que los demás!

—Es una poética justicia que quien a hierro mata a hierro muere — repuso Belvedere.

Hammond, abriendo y cerrando las manos, se acercó a Clarence.

—¡De modo que es usted! ¡Usted... especie de comadreja!

—Pero, Horacio... —lloriqueó Clarence.

—¡No me llame Horacio! —aulló Hammond.

El cerco en torno de Clarence se fué estrechando. Los puños de McPherson entraron en acción,

imitado por los damas, mientras el soplón echaba a correr...

Horas después, Harry y Tacey, corriendo dos ejemplares de la obra de su "niñera", comentaron en la cocina los hechos del día. La risa les arrancó lágrimas de los ojos. Harry se desplomó en una silla y suspiró:

—Daría mi brazo derecho por ver a Appleton con un ojo a la funerata.

—Apuesto a que por poco se muere cuando le pisotearon su plantel de iris.

—¿Te gustaría que fuéramos por ahí para celebrarlo esta noche? — preguntó Harry, tomándola en sus brazos.

—Estupendo —aprobó Tacey—. ¿Querrás llevarme a bailar?

—Sí, pero recuerda que no bailo tan bien como el señor Belvedere.

—No, cariño; pero eres más guapo... Espera un poco. ¿No podemos! ¿Quién se quedará con los niños?

—Yo me quedo — anunció una voz.

Belvedere entró en la cocina y

explico, escanciándose un vaso de leche:

—El mero hecho de que he llegado a la fama no permite dejar las obligaciones que contraje aquí... "Hummingbird Hill" fué sólo el primer volumen de una trilogía. Yo estimo que los otros dos volúmenes me llevarán... unos dos años.

—¿Y piensa escribirlos aquí? — se alarmó Harry.

—Naturalmente. La posteridad exige que toda obra maestra esté escrita bajo el mismo techo — sonrió Belvedere—. Esta casa es un tabernáculo.

—Me sorprende que quiera quedarse. No le será muy conveniente. Usted asegura que no le gustan los niños — intervino Tacey.

—En efecto — aseveró Belvedere, saliendo de la cocina.

—Señor Belvedere — llamó Tacey y aclaró, cuando hubo regresado la "niñera"—: Creo que es justo que le advierta que, dentro de poco, espero tener otro niño.

—Entonces, necesitará mis servicios, señora King. También he sido comadrona.

N I Ñ E Ñ A

M O D E R N A

Y, diciendo esto, enarcó las ce-
jas y, con una sonrisa de malicia,
sacó de su bolsillo una camisita

de bebé... que había comprado
aquella misma tarde...

No en balde era un genio.

FIN

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

Ediciones Bistagne

SOLICITE CATALOGO

El Gust Blau

3/11

17,320

